



SS

**SERVICIO
SECRETO**

SILVER KANE

**MILLONES
DE LUCECITAS**



La astróloga Madame Denise trata de advertir a Anna de que se acercan noches peligrosas, noches en las que todo cambia. Su marido es un hombre ejemplar, se puede sentir a salvo, pero ¿de dónde salen esos aullidos? ¿Acaso hay lobos en París?



Silver Kane

Millones de lucecitas

Bolsilibros: Servicio Secreto - 1023

ePub r1.1

Titivillus 04.01.2018

Silver Kane, 1972

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



1

Estaban allí. Los millones de lucecitas. Estaban encima de su cabeza, lo llenaban todo, flotando en el aire. Los millones de lucecitas.

Anna se llevó las manos a los ojos y se los frotó con fuerza, haciendo un esfuerzo terrible para recuperar el pleno dominio de su conciencia. Tenía la sensación de flotar en el espacio, entre aquellas lucecitas. Al fin, muy poco a poco, fue recuperándose.

Abrió los ojos.

Y vio otra vez las lucecitas, pero ahora estaban muy lejos.

Lo llenaban todo.

Pero estaban a tal distancia que formaban parte del otro mundo.

Hizo un esfuerzo para incorporarse y se sentó en el suelo.

Entonces se dio cuenta de que había estado tendida.

Había estado tendida cara al cielo, en el que brillaban millones y millones de estrellas, recorriendo su camino de siglos.

El jardín olía a tierra fresca. El mismo olor que a ella le gustaba tanto cuando era niña.

El viento hacía susurrar las hojas de los árboles.

Y entonces oyó el aullido del perro, aquel aullido largo, ululante, del perro, que hacía estremecer en la noche.

Anna se pasó una mano por la frente.

Esta le ardía.

No recordaba cuándo había caído, ni cuánto tiempo había estado así, cara al cielo, teniendo encima las estrellas y teniendo al mismo tiempo aquellas extrañas lucecitas dentro de su cráneo.

Luego se llevó las manos a los oídos.

¿Escuchaba de verdad el aullido del perro?

¿O era tal vez el de un lobo?

No, no hay lobos en París. Era una tontería.

Se puso en pie trabajosamente y avanzó hacia la casa.

Esta se hallaba a unos cinco kilómetros del aeropuerto de Orly, en una pequeña zona donde aún había unos cuantos chalés con jardín, unos caminitos vecinales y hasta un estanque en el que croaban las ranas durante el verano. Anna, que había nacido allí, amaba todo aquello.

De pronto, la dirección del viento cambió.

Se oyó el estruendo de los aviones que despegaban de Orly, aunque ahogado por la distancia.

Y vio las lucecitas.

Blancas, rojas, azules.

Todas las balizas de las pistas brillaban ante sus ojos, en la noche inmensamente clara. En las noches con niebla no se veía nada, pero ahora parecían tan cercanas que daba la sensación de que iba a poder tocarlas con las manos.

Y vio más luces.

Luces rojas.

Los aviones que aterrizaban o despegaban hacían continuos guiños con las señales de sus alas, de su cola o de su panza. Las luces rojas se repetían en el espacio hasta que terminaban perdiéndose de vista.

Anna sonrió.

Todo aquello era lo natural.

Era lo de todas las noches.

No había motivo para que se asustase, y menos para que le hubiese parecido oír aquel extraño aullido del perro.

Debían ser imaginaciones suyas.

Estupideces.

Fue a entrar en la casa y entonces volvió a mirar hacia arriba.

Hacia los millones de estrellas.

Estas rutilaban quietas, solemnes, lejanas, y tan heladas e inmóviles como la muerte.

Entonces fue cuando Anna lo vio.

Entonces fue cuando estuvo segura de que «sucedería».

Entró en la casa y fue encendiendo todas las bombillas.

Todas, para que no quedase en la vieja mansión ni un solo espacio de sombra.

Oía los crujidos de las maderas, de los peldaños, de los muebles,

que llevaban allí más de sesenta años.

Y oía también el sonido de sus propios pasos, un sonido que en lugar de tranquilizarla la alteraba.

Como si ella fuese al mismo tiempo otra persona.

Descolgó nerviosamente el teléfono y discó un número.

Una voz ronca le respondió al cabo de unos instantes:

—¿Quién?

—Madame Denise, soy Anna.

—Oh, Anna... ¿Qué tal?

—Estoy segura de que «eso» va a suceder, madame Denise.

—¿Por qué estás tan segura?

—Lo he visto.

—¿El dedo blanco que tocaba a Venus?

—Sí. Lo he visto perfectamente. El dedo blanco que tocaba a Venus.

Hubo una pausa al otro lado del hilo.

La interlocutora de Anna parecía darse cuenta de la gravedad de sus palabras.

Al fin, murmuró:

—Guárdate del peligro, Anna. Va a empezar la serie de noches en que todo se transforma. Guárdate del lobo.

—Es que...

La voz exigió áspera, interrogante:

—¿Hay algo más? Dime..., ¿hay algo más?

—Me ha parecido oír el aullido.

—Te dije que sucedería, Anna. Te advertí. Tú me hiciste la consulta y yo te dije: «No vayas a esa casa». Sin embargo, estás ahí, ¿verdad? Sin embargo, me llamas desde la vieja casa.

—Sí, madame Denise.

—Anna, estás loca.

—No sé qué decirle. Todo ha sucedido de una forma tan natural, tan... ¡tan sin darme cuenta!

—Las cosas naturales están llenas de horror, Anna. Si viéramos a gran tamaño una película de nuestros propios dientes masticando un pedazo de carne, tendríamos que cerrar los ojos. Sí... Las cosas naturales están llenas de horror. No sé cómo has caído en la trampa.

—No «es» una trampa —se defendió Anna—. Nadie me ha obligado a venir. Estoy aquí por mi propia voluntad.

—Pero eso va a suceder. Sólo te faltaría oír ahora la voz.

Anna negó incrédulamente.

No. Estaba segura de que al menos eso no sucedería.

Y en aquel momento, la voz dijo, vibrando en las paredes quietas de la casa:

—Anna... ¿Qué haces ahí? ¿Por qué no subes, Anna?

La muchacha se estremeció.

Dejó caer el auricular.

Desde el otro lado del hilo, la voz de madame Denise siguió llamando inútilmente:

—Anna... ¡Anna! ¡Anna!

Pero ella ya no la escuchaba.

Subía las escaleras que llevaban al primer piso, respirando agitadamente.

Llegó al rellano superior.

Y vio el largo pasillo.

Puertas, puertas, puertas...

Puertas pintadas de negro.

¿Por qué sus padres habían pintado siempre las puertas así? ¿Por qué tuvieron aquel gusto lúgubre, como si viviesen en un cementerio?

Llegó al final de aquella puerta.

La conocía bien.

Y oyó la voz conocida:

—Anna... Anna... ¿Por qué no vienes de una vez?

Ella abrió la puerta.

Y vio las tinieblas, solo las tinieblas.

Sus manos se tendieron hacia adelante, palpando la oscuridad.

Y palpó algo más.

La zarpa húmeda, viscosa, peluda, del lobo; la zarpa que acechaba en la oscuridad, que estaba acechando para ella.

2

El taxi se detuvo en la place Saint Antoine, a la entrada del barrio que lleva el mismo nombre, y el taxista se volvió, tratando de cazar al vuelo las piernas de la pasajera.

Cazarlas con un relampagueo de sus ojos, claro.

Valían la pena.

Pero ella descruzó las piernas y le tendió casi tímidamente un billete de cien francos.

—Por favor, cobre.

—Bien... Son veinte francos. Hasta otro día, señorita. A ver si tengo suerte.

Ella le hubiera dicho con gusto que no era señorita, sino señora. Pero hasta para eso le faltaban fuerzas. Hasta para hablar. Bajó del taxi con una última y discreta exhibición, a causa de su estrecha falda, y se dirigió andando hacia el otro lado de la plaza, para volver en cierto modo atrás. Porque no se dirigía a Faubourg Saint Antoine, sino a una de las zonas más históricas de París, hacia la plaza de los Vosgos.

No quería que nadie supiese a dónde iba. Por eso había dejado el taxi en un lugar distinto.

Cuando llegó a la plaza de los Vosgos recorrió con sus grandes ojos de pajarillo asustado los pórticos que dan a aquel rincón de París un aspecto tan peculiar y distinto. La plaza estaba bastante animada. Unos grupos de turistas iban de un lado a otro, captándolo todo con sus cámaras. Unos enamorados se besaban inacabablemente junto a las viejas columnas de piedra. Un gendarme de servicio miraba discretamente las pantorrillas de una dependienta que estaba arreglando el escaparate de una zapatería.

Pero Anna apenas se fijó en todo eso. Le dirigió una mirada solo superficial.

Cruzó la plaza y penetró en un portal de la época de Enrique IV,

en el cual, entre unas cuantas plaquitas anunciadoras, había una que decía sencillamente: «Madame Denise».

Subió al entresuelo. Allí apenas había luz. Un olor peculiar a viejo, que sin embargo no era desagradable, se extendía por el recinto.

Madame Denise era joven aún, y hasta estaba de buen ver. No era la típica adivina ni echadora de cartas. La clientela le venía de su madre, muerta dos años atrás. Su madre sí que había tenido aspecto de bruja, pero ella era muy distinta. Incluso vestía con picardía. Por debajo del borde de su falda negra asomaban, en cuanto se sentaba, unas blondas absolutamente sexi.

Miró a Anna con preocupación, mientras ella hablaba.

Al fin, susurró:

—Cálmate. Pareces muy cansada.

—No, no lo estoy. Me siento... perfectamente.

—Te prepararé un poco de licor.

A pesar de las protestas de Anna, se lo preparó. Era una mezcla fuerte que hubiera hecho vibrar a un cancionero. Cuando la hubo bebido, los ojos de Anna brillaron de distinto modo.

—A ver, repíteme eso —murmuró madame Denise—. Repíteme lo que viste en el jardín.

—Bueno, en realidad, ver... no vi nada especial. Ya sabe usted que desde la casa que fue de mis padres se distinguen, en las noches claras, las luces del aeropuerto de Orly, así como las señales de los aviones que aterrizan o despegan. Yo, por lo visto, me había quedado dormida sobre la tierra húmeda. Me ocurre eso algunas veces. Me parece perder el sentido y...

—¿Estás embarazada? —preguntó madame Denise, con mirada relampagueante.

—No, no lo estoy. En realidad, esto me sucede desde que era pequeña. Pierdo la noción de las cosas y me quedo dormida en los sitios. Pero estoy perfectamente bien; no me sucede nada.

Madame Denise bebió ella a su vez un poco de licor. Miraba con fijeza a su cliente. Sabía bastantes cosas de ella.

Por ejemplo, que cuando niña sufrió un accidente de automóvil y perdió la memoria una temporada. Luego se recuperó, pero desde entonces ocurría eso: cuando algo la disgustaba o asustaba, perdía el sentido momentáneamente. Ningún médico había podido curarla

porque no era una enfermedad; era, simplemente, una defensa de su naturaleza. El cerebro, delante de una realidad exterior inquietante, «se evadía». Muchas personas con problemas que no pueden resolver tienen también la suerte de quedarse dormidas en cualquier sitio, y así evitan, sin saberlo, daños cerebrales o circulatorios muy graves.

Madame Denise pidió:

—Siga.

—Al despertarme, noté eso: que estaba tendida sobre la tierra húmeda. Vi las estrellas sobre mi cabeza, y me pareció que dentro de mi cerebro brillaban también miles de lucecitas. Pero seguramente eran las estrellas que veía a través de mis pestañas, estando medio dormida. Entonces fue cuando vi la señal. Cuando vi el dedo blanco que apuntaba a Venus.

—¿Y en seguida me llamaste?

—Sí.

Madame Denise se levantó. Tenía unos movimientos ondulantes, movimientos de sirena. Debía gustar mucho a los hombres, sobre todo a los hombres con gustos fuertes. Estaba llenita. Trajo el último ejemplar de *Le Monde*, aparecido aquella mañana.

En la primera página aparecía la noticia, aunque no con caracteres demasiado destacados: «Un cometa se aproxima al planeta Venus. Es perfectamente visible con atmósfera despejada, y anoche miles de personas pudieron contemplarlo en el cielo de París. Su cola, muy espesa y brillante, tiene el aspecto de un dedo que señala al planeta».

La información seguía, pero Anna leyó solamente aquellas líneas.

—Cierto, eso fue lo que vi —dijo—. Como miles de parisienses.

—Te advertí que sucedería —musitó madame Denise—. Tu planeta es Venus. Tú naciste bajo ese signo. Hace años tu madre, que era cliente de la mía, también fue advertida: «Esta niña ha nacido bajo el signo de Venus. Si alguna vez un dedo surgido del cielo apunta a ese planeta, le ocurrirán graves desgracias. Principalmente debe guardarse del hombre a quien amara. Y debe guardarse también de los aullidos de los lobos». Yo también te lo dije: «Ten cuidado, Anna. El gran momento se aproxima».

Anna tenía lágrimas en los ojos.

—¿Cómo voy a guardarme del hombre al que amo? —bisbiseó—. Es mi marido... Nos casamos hace tres meses. Es... es mi marido...

Y repitió la palabra como si pensase que, sólo con aquello, ninguna desgracia podía sobrevenirle.

—Por favor, sigue explicando.

—Bueno, pues... —continuó ella, temblorosamente—, entonces oí el aullido del perro. ¿O tal vez era un lobo?

—Debía serlo —dijo, con extraña seguridad, madame Denise.

—Por favor, no hable de ese modo.

—Dime: ¿en vuestra casa tenéis perro?

—Lo tuvimos.

—¿Y qué fue de él?

—Murió. Murió cruelmente. —Al hablar, casi saltaban las lágrimas de los ojos de Anna—. Un día que se había escapado y andaba vagabundo, lo cazaron los laceros municipales. Cuando traté de recuperarlo, veinticuatro horas más tarde, ya lo habían pasado por la cámara de gas. Vi su cadáver. Fue... una de las cosas más amargas por las que he pasado en mi vida.

—Lo comprendo. Yo también amo a los animales —dijo madame Denise—. Pero si está muerto, ¿cómo le oíste aullar? Tenía que ser un lobo.

—No hay lobos en París.

—¿Que no los hay? —Madame Denise rio secamente—. Lo que ocurre es que son lobos que pasean por el Barrio Latino y toman el Metro. Pero los hay, muchacha. Y a montones. En fin, no me has dicho lo más importante. Continúa, por favor.

—Entonces la llamé a usted —susurró Anna—. Y cuando me dijo que sólo me faltaba oír aquella voz, la oí efectivamente. Era mi marido que me llamaba. Me sorprendió mucho, ¿sabe? Yo ignoraba que estuviera en la casa.

—Tal vez había llegado mientras tú estabas en el jardín. Es muy fácil. ¿Y qué hiciste?

—Subí inmediatamente. Fui a la habitación en la cual trabaja y la abrí. Entonces...

—Hay algo que no me has dicho concretamente, Anna —musitó madame Denise—. ¿En qué trabaja concretamente tu marido?

—Es profesor de Historia Moderna en la Universidad. Pese a su

juventud, tiene lo que suele decirse un «alto puesto». Aparte de eso, escribe libros sobre temas históricos. En la casa donde yo nací, y que apenas habitamos, tiene siempre disponible una habitación para trabajar. Anoche estaba allí.

—¿Y...?

Anna cerró los ojos. Le costaba decir aquello. Le costaba un esfuerzo patético. Pero al fin, musitó:

—Tenía una zarpa de lobo.

Madame Denise guardó silencio. Su expresión era inescrutable. Por un lado sentía satisfacción al haber adivinado lo que iba a suceder. Pero por otro no le gustaba aquello; al contrario, le inquietaba profundamente.

—Ya estabas advertida —bisbiseó—. Debías guardarte de los lobos y temer a la persona a la que más amas.

—¿Pero es posible que él... él...?

—No sé, yo no puedo afirmar ni negar nada. Pero tal vez puedas ayudarme si me dices lo que ocurrió a continuación.

—No ocurrió nada. Me desmayé.

—¿Te diste cuenta de que él pudo haberte matado?

—No lo hizo. Al contrario, cuando me recuperé, estaba en mi cama. Él se encontraba sentado en un borde, como tantas y tantas veces. Me miraba fijamente, quizá con obsesionante fijeza. Yo miré sus manos. Eran unas manos perfectamente normales, las mismas que yo he conocido siempre.

—¿Qué te dijo?

—Nada. Está acostumbrado a que a veces me ocurran esas cosas, y por lo tanto ya no se asusta. Me dijo que me prepararía un café bien cargado y así lo hizo. Pero debía estar muy nervioso, porque en lugar de azúcar me echó sal, al equivocarse de recipiente. Yo por poco salto por la ventana, al probar aquello. Nos reímos mucho; un poco después me había olvidado de mi propio horror.

—Entonces, ¿no es posible que sufieras una alucinación?

Anna tembló. Se notaba ahora el esfuerzo terrible que había tenido que hacer para mantener su apariencia normal durante tanto tiempo. Sus nervios vibraban.

Con un soplo de voz, susurró:

—No, no era una alucinación... En primer lugar, a Michel le pasa algo grave, porque ha pedido las vacaciones de la universidad

en esta época del año, cosa que no es normal. Se las han concedido y un sustituto se encarga de las clases. Él, mientras tanto, escribe incansablemente un libro que le ocupa horas y horas. Se le nota preocupado, a pesar de que... intenta mostrarse normal y optimista. Pero se diría que teme hacer algo horrible... Lo de ayer no fue una alucinación, y para demostrárselo..., mire.

Le mostró su brazo izquierdo. Y en él, en la parte superior, junto al hombro, se notaban unos arañazos grandes, profundos, los arañazos causados por una verdadera zarpa.

—No se lo dije —musitó Anna—, no le dije nada y, al contrario, traté de ocultárselos, pero él tuvo que darse cuenta de que existían. Me los causó con sus propias manos mientras yo estaba sin sentido.

3

La hermosa mujer dejó la autopista para torcer por un ramal lateral, a la izquierda, y se despegó de la fuerte riada de coches que se dirigían al aeropuerto de Orly. Cinco minutos más tarde le parecía no solo haber cambiado de paisaje, sino hasta de país.

Todo estaba tranquilo y silencioso.

Los copudos árboles del bosque le enviaban una sombra fresca y apaciguadora. Solo al verlos ya sentía los nervios mejor.

Pronto entró en los tranquilos caminitos vecinales.

Y vio la casa que antes estaba muy alejada de París, pero que ahora había sido casi materialmente engullida por la gran ciudad.

El coche que Anna llevaba era un pequeño deportivo Alpine.

Vio en el garaje, que tenía la puerta abierta, el Peugeot de Michel. Últimamente, Michel no lo sacaba; decía que prefería ir a la pequeña estación suburbana y tomar el tren. No era mala idea, teniendo en cuenta que se sentía muy nervioso. El tráfico de París acababa de enloquecerle a uno.

¿Pero por qué se sentía nervioso Michel? ¿Tal vez se daba cuenta de que... una transformación extraña, monstruosa, se estaba operando en él? ¿Tal vez eso le hacía sufrir tanto que le ponía en secreto al borde del suicidio?

Mientras Anna pensaba en eso, frenó el coche ante la puerta. Allí no había problemas de aparcamiento.

¡Qué afortunados son los que no necesitan vivir en el centro de las grandes ciudades!

En aquel momento oyó que la llamaban:

—¡Eh, Anna!

Ella miró. El hombre que se acercaba componía una estampa casi imposible de encontrar en las cercanías del París moderno, a no ser, excepcionalmente, en el bosque de Bolonia. Montaba un brioso corcel y componía una estampa joven, deportiva y atrayente. Anna

le sonrió.

Le conocía desde hacía unos trece años antes. George había sido incluso su pretendiente. Y a veces se preguntaba a sí misma por qué no le hizo caso, por qué no se casó con él.

Anna sonrió.

—Hola, pequeña.

—No sabía que hubieras comprado un caballo, George.

—¿Qué quieres? Es la única forma de sentirse un poco libre. La vuelta a la naturaleza, ¿sabes? ¿Y tú? ¿Cómo te encuentras?

—Bien.

—¿Qué hace tu marido?

Dijo aquello de «marido» con una especie de retintín, mientras descendía del caballo saltando ágilmente.

—Como siempre: estudiar y escribir.

—Un poco aburrido, ¿no?

—Por Dios, George, no hablemos de eso.

—Tienes razón; a una casadita no le gusta que le critiquen al hombre que la ha llevado al altar. Aunque quizá con el tiempo cambies de opinión.

—Cuando tomé la decisión fue para no cambiar, George.

Él se acercó y acarició la carrocería del coche. Hubo en aquel gesto una secreta pasión y hasta una extraña ternura. Diríase que, por el hecho de ser de Anna aquel coche, acariciaba la piel de la mujer.

—Perdóname por hablarte de eso, Anna.

—No te preocupes, no me has ofendido.

—¿Querrás venir mañana a casa? Doy una pequeña fiesta.

—No sé si podré.

—Antes, cuando eras soltera, venías siempre. Éramos muy buenos vecinos.

Y señaló la alta, elegante y picuda torre, cubierta de pizarra, que sobresalía por encima de las copas de los árboles. Allí vivía George. Había heredado aquella casa de sus padres, como Anna heredó la suya.

—Te prometo que se lo preguntaré a Michel, y si él está de buen humor, iremos. Pero últimamente anda algo preocupado. Ha pedido vacaciones anticipadas y se pasa el día encerrado. Apenas va a París, y cuando lo hace, no emplea ni siquiera el coche.

—¿Nervios?

—Yo creo que sí.

—Yo también estaría nervioso si te tuviera a mi disposición hora tras hora, pequeña. Muy nervioso.

Y unió las manos en actitud algo cómica, como pidiendo perdón, al darse cuenta de que había dicho demasiado. Luego se despidió con un gesto, montó a caballo de un ágil y elegante salto y se alejó.

Anna entró en la casa. Estaba muy limpia, porque una asistente venía diariamente y, además, ella cuidaba todos los detalles. Pero, pese a ello, la casa era inmensamente triste. Y hasta siniestra. El gusto anticuado de los padres de Anna se conservaba en todos los aspectos de la mansión. Requería un cambio total, profundo, que por ahora no habían emprendido.

Ella subió las escaleras. Y fue entonces cuando en el rellano viola mancha de sangre, aquella pequeña y casi imperceptible mancha de sangre que había resbalado por debajo de la puerta.

4

Ella se llevó un momento las manos a la boca. Sentía la garganta crispada, contraída, terriblemente seca. Por un momento pensó que aquella sangre podía ser de Michel.

Pero en seguida oyó la voz tranquila de su marido, que sonaba al otro lado de la hoja de madera. Él debía haber captado el ruido de sus pasos y por eso sabía que estaba allí. Anna no tenía ninguna oportunidad de escapar, si por un momento había pensado hacerlo.

—¿Estás ahí? ¿Por qué no entras?

Anna respiró hondamente. Procuró no mirarla mancha de sangre, que flotaba entre sus ojos como si fuera una de aquellas lucecitas, y giró el picaporte para pasar. Oyó entonces el tecleo de la máquina.

Michel estaba de espaldas a ella, escribiendo. Llevaba unos pantalones azules y una camisa también azul, pero de color más claro. Sus anchas espaldas destacaban como las de un campeón a la luz cruda que entraba por la gran ventana.

Anna le miró intensamente. Solo ella sabía algunas cosas que Michel no explicaba nunca.

Por ejemplo, que había sido boxeador durante sus tiempos de estudiante. Y que se pagó sus estudios con eso. Por ejemplo, que también era un experto arqueólogo. Y que sabía de las civilizaciones desaparecidas más que muchos especialistas de prosapia. Michel se volvió.

Sonreía con tal naturalidad que Anna sintió que todas sus dudas se desvanecían. Un hombre que sonreía de aquella manera no podía ser... el horror que ella había llegado a pensar.

—Hola, Anna. ¿Dónde has estado esta mañana?

—Fui a París.

—¿De compras?

—No exactamente. Estuve dando vueltas por las librerías y

mirando algunos escaparates.

—Celebro que hayas vuelto. Temía que después de lo de anoche te sintieras anal.

—¿Qué ocurrió anoche?

Ella hizo la pregunta con absoluta naturalidad, mientras sus nervios vibraban.

Y él contestó con absoluta naturalidad también:

—No lo sé... Quizá en realidad no ocurrió nada. Tú te desmayaste y te llevé a la cama. Pero no me has explicado qué te ocurrió.

—Nada, un desvanecimiento sin importancia.

—¿No será que...?

—No, no pienses eso. No estoy embarazada.

Y Anna se acercó a un búcaro de flores que adornaba la habitación, arreglándolo con gesto aparentemente distraído, pero sintiendo que la piel se le erizaba al preguntar aquello.

—Michel...

—¿Qué hay, pequeña?

—¿Qué libro estás escribiendo ahora?

—Aquel de que te hablé sobre los egipcios en Francia. Estudiando Historia Moderna descubrí en los Archivos Nacionales una carta de un historiador del siglo XVIII que citaba a otro del siglo VI, del cual pude hallar un leve rastro en los archivos capitulares de Notre Dame. Según ese historiador tan remoto, los egipcios habían establecido numerosos cementerios en Francia, los cuales permanecían ignorados. Ahora estoy reuniendo todos esos datos, y más adelante proseguiré mis investigaciones.

—Sí, ya sé, pero yo quería preguntarte... otra cosa.

—Dime lo que sea. Yo no tengo secretos para ti.

—Tú lograste dar con uno de esos cementerios. Era al pie de una colina, en la zona del Rosellón. Descubriste unas galerías que estaban tapadas desde muchos siglos antes e indagaste allí.

—Es cierto, pero no descubrí nada importante.

—Excepto una cosa.

—¿A qué cosa te refieres, Anna?

—A lo que me dijiste un día: que allí recibían sepultura los endemoniados, los poseídos por los espíritus malignos.

—Sí, es verdad, pero la cosa no tiene tanta importancia...

Manías de los antiguos.

—Me dijiste algo más, Michel.

Y todo el cuerpo de Anna tembló al pronunciar aquellas palabras, porque ahora, de pronto, habían cobrado un significado muy distinto. Pero Michel no debió notar aquella tensión, porque permaneció indiferente.

—¿Qué fue lo que te dije?

—Que algunos de esos endemoniados eran... algo más que hombres.

—Sí, claro... Ahora lo recuerdo. Era esa estúpida leyenda de los hombres lobos. Los hombres que, bajo la influencia de ciertos astros, se transformaban. Pero no se puede tomar en serio una cosa así.

Anna juntó las manos.

—Verás, yo... Yo nunca tomaría en broma una cosa así, Michel.

—¿Qué quieres decir?

Michel se levantó y se acercó a ella. La tomó suavemente por los hombros.

Anna se encogió y estuvo a punto de chillar, tanto miedo tenía. Pero lo disimuló tratando de improvisar una sonrisa sin sentido, una sonrisa falsa.

—Quiero decir que... Bueno, no me gustó que te metieras en eso.

—Olvidalo, Anna. Yo sólo hice unos descubrimientos sin importancia.

—Bueno, pero es que... En fin, Michel, perdóname sí te hago una pregunta que tú quizá no me quieras contestar.

—¿Y por qué no iba a contestarte?

—Supongamos que esos hombres lobo existieron.

—No existieron nunca, Anna. Métete eso en la cabeza. Son cosas de las que hablan las leyendas antiguas. Pero también en las leyendas griegas se habla por ejemplo de las sirenas, y de los hombres-dioses, que, sin embargo, no han existido jamás.

—De acuerdo, pero imagina por un momento, solo por un momento, que han existido.

Él sonrió otra vez, mientras se encogía de hombros y la soltaba poco a poco.

—Está bien, supongamos que existieron. ¿Y qué?

—¿Ellos lo sabían?

—No te entiendo.

—Seré más clara, entonces: ¿Sabían ellos que eran hombres lobo? ¿Se daban cuenta de que en ellos había dos personalidades?

Michel se llevó una mano a los labios, confuso. Parecía no haber esperado aquella pregunta, que le desconcertaba.

—Pues... Bueno, supongo que no se darían cuenta.

—Gracias. Es lo que quería saber.

—Pero eso no tiene sentido, Anna... ¿Por qué me lo has preguntado?

—Si ahora hubiese un hombre lobo, ¿se daría cuenta de que lo es?

—¿Te has vuelto loca, Anna?

—Por favor, contéstame.

—Hablando en pura teoría, porque insisto en que eso no tiene base real, he de creer que no, que un hombre en tales condiciones no sabría tampoco la horrible verdad.

Anna apretó los labios. Sentía un frío espantoso que había empezado en la columna vertebral y que ahora le llegaba hasta la médula de todos los huesos.

Dio media vuelta y salió poco a poco, sin que Michel hiciera nada por seguirla. No podía estar más allí. Se hubiera puesto a chillar desesperada, se hubiera arrojado por una de las ventanas. Pero consiguió serenarse.

Llegó a la planta baja y salió para respirar hondamente el aire fresco. La cabeza le daba vueltas. Se acercó mecánicamente, sin darse cuenta, al Peugeot de Michel, que seguía en el fondo del abierto garaje.

Y entonces vio en el asiento trasero aquel detalle que la extrañó. Aquel zapato femenino.

Parpadeó intrigada.

Sabía que muchas mujeres han perdido cosas extrañas en el interior de los coches, y en especial cosas que a una mujer sería nunca se le ocurriría perder. Pero olvidarse un zapato es algo que seguramente no ha ocurrido nunca.

A menos que... A menos que la mujer en cuestión ya no necesite los zapatos, claro. Sintió que se ahogaba y dio media vuelta, regresando inmediatamente a la casa. Su corazón latía

aceleradamente, mientras el pulso le hacía daño. Se apoyó en la jamba de la puerta y estuvo así mucho rato, quieta, haciendo terribles esfuerzos para serenarse.

Sus pensamientos daban vueltas y más vueltas, como un torbellino. El cerebro le hacía tanto daño como si se lo pincharan. Pero por encima de aquel maremagno llegaba a una conclusión:

Ella quería a Michel.

Caso de no quererlo, todo hubiera sido muy sencillo.

Tomar el Alpine, irse de allí. Llegar hasta Orly, de donde partían aviones cada cinco minutos. Tenía suficiente dinero para eso. O, más sencillamente, llegarse hasta la comisaría más próxima.

Pero ella quería a Michel. No deseaba abandonarle.

Al serenarse sus pensamientos, se dio cuenta de que además quedaba en pie un repelente detalle, un detalle de tipo práctico.

El zapato.

En el supuesto de que Michel hubiera matado a una mujer, aquel zapato era una prueba concluyente contra él. De momento tenía que hacerlo desaparecer, mientras tomaba una decisión.

Se dirigió de nuevo al Peugeot. Y entonces, sus ojos se desorbitaron.

¡Porque el zapato ya no estaba!

La muchacha se llevó las manos a la boca y se sujetó la mandíbula con fuerza, porque no quería gritar. Miró la ventana tras la que debía estar trabajando Michel. Quizá él la había descubierto. Pero no. Si prestaba mucha atención oía, como un susurro lejano, el teclear de la máquina.

Él seguía trabajando.

Anna fue hacia su coche como un fantasma, se sentó ante el volante y, casi sin ver lo que tenía ante los ojos, lo puso en marcha, mientras sentía que se ahogaba.

5

La placa en la puerta decía:

DOCTOR JAVERT
Enfermedades nerviosas

Cuando Anna entró, la enfermera la saludó afectuosamente porque ya la conocía.

—¿Qué tal, señora Mercier? Felicidades por su boda. Ya recibí la invitación, pero no pude acudir porque estaba algo indispuesta. Le ruego que me disculpe.

—La eché mucho de menos, Jacqueline.

—¿Quiere ver al doctor?

—Sí... Si es posible.

—Claro. La recibirá en seguida.

Javert tenía un amplio y lujoso despacho cuyas ventanas daban al bulevar Montmartre, el mismo que tenía tanto ambiente a principios de siglo, que inmortalizaron los pinceles de Utrillo y que ahora no era más que un inmenso vertedero de coches. Tendió la mano afectuosamente a Anna, mientras pensaba: *¿Pero vuelve a necesitar esta mujer a un médico de los nervios, a los pocos días de casarse? Yo creí que la boda le iría bien. Pero se ve que es al contrario...*

—Siéntese, Anna. ¿A qué debo su visita?

—Perdone que le moleste, doctor Javert, pero usted me atiende desde que era una niña.

—Cierto. Y últimamente ya se sentía usted muy bien.

—Quisiera saber si el accidente que tuve en mi niñez, y que me dejó lesiones cerebrales, puede afectarme aún. Es decir, si sus lamentables consecuencias pueden repetirse.

—¿En qué sentido?

—Usted sabe que durante años estuve sintiendo como si en mis ojos brillaran millones de lucecitas.

—Sí. Eso es algo que ocurre a veces, pero no tiene demasiada importancia. Además, se curó.

—Ahora, aquello ha vuelto.

Javert sonrió, confortador.

—Bueno, bueno, pero eso no tiene importancia. Bajo ningún concepto se ha de poner nerviosa.

—Es que ocurre algo más. ¿Sabe que durante largo tiempo también sufrí pequeñas alucinaciones?

—Sí, lo recuerdo. También es típico de las personas que han sufrido lesiones como las que usted sufrió. A veces creen ver momentáneamente cosas que no existen. O sienten tactos extraños. Por ejemplo, una cosa que no es peluda les parece peluda. ¿Pero por qué me cuenta eso?

—Se está repitiendo, doctor.

—¿De verdad? ¿Qué es lo que siente? Por Dios, concrete.

Javert se sentía intranquilo y no trataba de disimular. Apreciaba a aquella muchacha, a la que había considerado curada. Le dolía que las viejas lesiones aún continuaran surtiendo sus maléficos efectos.

—Me ha parecido notar... cosas sin sentido —dijo ella a media voz—. Por ejemplo, que una mano de mi marido era muy peluda, como la de un lobo. Y yo sé que no es verdad (Anna trataba de convencerse a si misma). Hace poco he visto también dentro de un coche un zapato de mujer que luego ha resultado que no existía.

Javert ofreció un cigarrillo a Anna, y ella lo rechazó. Entonces él encendió el suyo, calmosamente.

—Verá, eso no tiene tanta importancia —dijo, intentando tranquilizarla—. Es casi seguro que deberá someterse a un nuevo tratamiento, pero muy ligero. Bastará con una visita a la semana. Las alucinaciones irán desapareciendo poco a poco.

Y añadió:

—¿Dónde vive usted ahora?

—En la que fue casa de mis padres.

—¿Cerca de Orly?

—Sí.

—Recuerdo esa casa... Estuve allí algunas veces, cuando usted era niña. Tiene, ¿cómo le diría?, aspecto maléfico. No me gusta. Sus padres fueron personas de un gusto más bien triste. Puertas negras, muebles con formas extrañas... Yo creo que no debería usted vivir allí, porque el ambiente le trae recuerdos de su enfermedad. ¿No tiene un piso en París?

—Sí. En la Avenue Victor Hugo.

—¿Por qué no se traslada?

—Es que a mi marido le gusta la vieja casa. Está trabajando en un libro y necesita cierta tranquilidad. En el centro de París no la encontraría.

—Bueno, si no tiene más remedio que seguir allí... Pero trasládese en cuanto pueda, hágame caso. Y ahora le recetaré unos calmantes que le irán muy bien. Está algo nerviosa. ¿Se araña usted misma por las noches, como hace años?

Ella se tocó levemente el brazo en el cual, bajo la manga, conservaba la señal de las uñas.

—Sí, es posible que sí —dijo.

—Pues tome dos pastillas de estas antes de acostarse. Le sentarán bien.

Y le tendió la receta a través de la mesa.

—Doctor...

Él la miró con cierta sorpresa, porque la voz de la muchacha temblaba.

—¿Que...?

—Si una persona se llega a concentrar mucho en sus investigaciones, hasta el punto de no querer ni salir de la habitación en que trabaja, ¿puede llegar un momento en que crea ser uno de los personajes que estudia?

—Pues... pues sí, es muy posible. Hasta le diré que el caso es bastante frecuente.

—Supongamos que estudia la existencia de unos remotos hombres lobo.

—¿Qué absurdo dice?

—Es una simple suposición.

—Bien. Continúe.

—¿Puede llegar un momento en que él crea ser uno de esos mismos hombres lobo?

—Naturalmente que sí... Aunque en pura teoría, claro.

—Gracias, doctor. Es todo lo que quería saber.

Y le tendió la mano. Javert la miró con inquietud. Le parecía que la muchacha estaba bastante peor que antes. No conocía la historia de lo que le había sucedido últimamente, pero así, a primera vista, Anna estaba mal.

—Vuelva la semana que viene —dijo—. Sobre todo, no lo olvide. Lo está necesitando.

—De acuerdo, doctor. Lo haré.

Anna se encontró de nuevo ante el volante de su Alpine sin darse apenas cuenta. Lo que acababa de suceder unos minutos antes le parecía ya un remoto sueño. Era la hora en que la gente de París termina su trabajo. El tráfico resultaba intensísimo. Anna condujo como pudo, hasta encontrarse de nuevo en la autopista, que estaba casi embotellada.

Cuando entró en el ramal de la izquierda, respiró al fin. Allí volvía a haber tranquilidad. Además, caía la noche.

¿Pero por qué la noche le parecía tan siniestra? ¿Por qué tenía la sensación de que ahora todo era distinto?

Tomó la curva a buena velocidad. Y de repente aparecieron en sus ojos los millones de lucecitas. Tuvo que cerrar los ojos. Y de repente los abrió, al notar que el coche se le iba.

Pensó: *¡Qué tonta he sido!*

Las luces, al fin y al cabo, eran las mismas que había visto tantas veces al tomar la misma curva. El aeropuerto de Orly parecía más cercano que nunca. Daba la sensación de que las luces de balizamiento se le habían echado encima. No lo entendía.

Debo estar muy nerviosa...

Vio que no había ningún resplandor tras los cristales de la habitación donde trabajaba Michel.

Menos mal... Estará descansando un rato.

Entró en la casa y miró con ojo crítico. Por primera vez se daba cuenta de que aquello era horrible. Tendría que reformarlo todo, empezando por la estructura de las habitaciones. No tenía mucho dinero, pero lo iría haciendo poco a poco hasta transformar la casa.

Entonces oyó aquel ruido en el sótano.

Tlac... Tlac... Tlac.

La puerta estaba mal cerrada. La casa tenía una bodega a la que

se entraba por detrás, y en la que durante años no había penetrado nadie, a no ser para limpiarla un poco y fumigarla. Por eso era extraño que la puerta estuviese abierta, y que el viento la hiciera batir. Aunque, como la cerradura era vieja, también podía haberse roto sola.

Anna decidió no hacer caso. Pero el ruido la ponía nerviosa.

Tlac... Tlac... Tlac.

Era como una pesadilla. Apretó los labios y decidió ir a cerrar ella misma. Pero la noche ya había cerrado. Como la luz de abajo estaba estropeada, necesitaría una linterna.

La tomó de uno de los cajones. Fue rápidamente hacia allí, mientras el ruido se hacía cada vez más intenso.

En efecto, la puerta estaba solo entornada. Y el viento, que empezaba a ser intenso, la hacía batir cada vez con más fuerza.

La muchacha fue a cerrar.

Pero entonces oyó dentro el fluir del agua. ¿Quién podía haber abierto los grifos?

En el sótano, además de los viejos barriles ya vacíos, existía un gran lavadero que en otro tiempo sirvió como lagar. Sobre él había un grifo para poder limpiarlo de vez en cuando. Era ese grifo el que derramaba ahora el agua, poco a poco.

Y no podía haberse abierto solo...

Anna tragó saliva penosamente.

Y avanzó hacia allí.

La puerta chirrió lastimosamente cuando ella la abrió del todo. Se oía con más fuerza el sonido del agua.

Anna apretó los labios. No quiero sufrir más alucinaciones... Lo del zapato lo ha sido... Lo de la zarpa del lobo también... Y las heridas del brazo me las causé yo misma, arañándome mientras doren a... No, no quiero sufrir más alucinaciones. Me he de serenar... Me he de serenar...

Llegó hasta el enorme lavadero.

Y entonces la vio.

La mujer estaba allí, hundida, semidesnuda, con las medias rotas, el vestido rasgado y... y sin uno de sus zapatos.

Pero tenía rasgado algo más, aparte el vestido y las medias.

La garganta.

Una zarpa monstruosa casi se la había partido en dos...

6

Anna cayó hacia atrás.

Tenía la pared a la espalda, casi rozándola, y por eso no se desplomó. Pero quedó apoyada allí, resbalando poco a poco. Cuando estaba a punto de llegar al suelo, reaccionó como un gemido.

Quiso salir de allí.

Pero le fallaban las piernas.

Comprendió que caería antes de llegar a la puerta y sostuvo frenéticamente la linterna, con ambas manos, para al menos no quedarse a oscuras.

El agua caía poco a poco sobre el cuello de la mujer.

Esta había perdido toda su sangre.

Estaba espantosamente blanca.

Anna fue a dar un cuarto de vuelta, apoyándose en la pared, y salir de allí. Ahora no se trataba de una alucinación. Ahora era algo tan real que... que producía una náusea. Miró hacia la puerta.

Y estuvo a punto de lanzar un grito de horror.

Porque la salida estaba bloqueada.

En ella se recortaba una figura alta, atlética y maciza.

La figura de Michel...

El horror penetró como un líquido viscoso hasta el fondo de las venas de Anna.

Sabía que estaba perdida.

Ahora había descubierto el espantoso secreto, el incomprensible secreto del hombre lobo. Y él no la perdonaría. Oyó los pasos de Michel al acercarse. Oyó avanzar a la propia muerte... Pero en lugar de que ocurriese lo que ella temía, Michel, con voz perfectamente tranquila, murmuró:

—Ana... ¿qué haces aquí?

A ella le quemaban los pulmones.

No se daba cuenta de que no respiraba.

—Anna, ¿por qué no contestas?

¿Pero era posible tanto cinismo? ¿Tan seguro se sentía él de poder matarla en cualquier momento? ¿Pero por qué no lo hacía ya?

Y de pronto comprendió.

¡Él no podía matarla ahora!

Desde fuera llegó la voz:

—¡Eh, Michel! ¿Dónde te has metido?

Era la voz de André, un viejo amigo de los dos, que había asistido a la boda. Estando allí André, él tenía que aguantarse. Él no podía hacer nada para matarla. Por eso Anna sintió que respiraba de nuevo, sintió que la vida volvía a ella.

—Michel... —susurró.

—Sal de aquí, por favor.

—¿Está... André?

—Sí. Nos está buscando.

Ella resbaló materialmente por la pared. Las piernas le fallaban. Pero necesitaba salir de allí. Necesitaba escapar antes de que André se marchara... Por eso anduvo hacia la puerta.

Michel la sujetó por un brazo. Tenía la piano dura y helada, como si fuese de acero.

—Vamos —dijo.

Anna se sentía espantosamente prisionera. Y por eso exhaló un suspiro de alivio al ver a André, que vagaba por el jardín.

André vestía deportivamente, como siempre. Era el hombre que se había plantado en los veinte años y no quería pasar de ahí. Alzó alegremente los brazos al verles.

—¡Vaya con la parejita! De modo que escondiéndooos y todo, ¿eh? ¿Es que no tenéis bastante con las noches? Llega el bueno de André, quiere daros una sorpresa y no encuentra a nadie. Sólo oye el ruido de la puerta del sótano que hace tlac... tlac... tlac, como una losa funeraria empujada por los muertos. Hasta que aparece Michel igual que si surgiera del fondo de la tierra. Vaya, hombre, vaya... De modo que la parejita se había escondido para que no la viese nadie.

Tendió las manos a Anna, puesto que a Michel ya le había

saludado antes. Y se las estrechó con fuerza.

—¿Qué tal, Anna?

—Bien.

—Permíteme qué sea sincero: no te creo. Estás pálida.

—Pero si me siento muy... muy bien...

—Humm... No puedes ni hablar. ¿Estás...?

—¿Por qué todo el mundo me ha de preguntar lo mismo? No, no espero ningún hijo.

—Bueno, bueno, no te pongas así... Ya sabes que el viejo amigo André es médico, aunque de los malos. ¿Quieres que te examine?

Michel rio.

—La verdad, no creo que haga falta, André. Te quedarás a cenar con nosotros, claro.

Anna parpadeó. Era extraño que Michel diera tantas facilidades para que el otro se quedara. Mientras André estuviese allí, él no podría matarla. Pero también comprendió que Michel necesitaba obrar con absoluta naturalidad. Necesitaba a toda costa que André no notase nada raro.

—Sí, me quedaré a cenar, claro que sí. Pero si eso va a dar trabajo a Anna, yo...

—No te preocupes, no me das ningún trabajo.

Y Anna corrió hacia el interior de la casa. Los dos hombres la siguieron, aunque poco a poco. Michel se había apoyado amistosamente en el brazo de André.

—Te prepararé una copa.

—Encantado, hombre... ¿Pero cómo es qué vives en esta casa? ¿No te gusta París?

—Necesito tranquilidad. Estoy escribiendo un libro que me da mucho trabajo.

—Y poco dinero, claro.

Michel rio.

—Tienes razón, muchacho: y poco dinero. Por ahora ninguno.

Entraron en la casa y Anna, desde la cocina, oyó como Michel trajo entre las botellas y las copas.

La conversación entre los dos amigos se generalizó. Al cabo de unos momentos pusieron un disco.

Anna respiró hondamente. No la oirían si telefoneaba.

¿A la policía?

No, a la policía no. Por lo plenos, no todavía.

Llamaría a George. Le diría que viniese a pasar la velada con ellos bajo cualquier pretexto.

Descolgó el teléfono que estaba en la cocina y discó nerviosamente el número que conocía muy bien, mientras estaba atenta al disco y a la conversación de los dos amigos, vigilando para que no se acercasen por allí.

Le contestó el mismo George. Parecía como si hubiera estado esperando su llamada.

—Anna...

—Veo que has reconocido mi voz.

—¿Y cómo no había de reconocerla? Tu voz es la cosa más importante que hay en mis recuerdos.

—George, necesito que...

—¿Qué?...

Ella fue a hablar, pero de pronto se detuvo.

Una bola amarga se había formado en su garganta. ¿Qué iba a decirle? ¿Que había un cadáver en su casa? ¿Que Michel era... era?... No, de eso no podía hablar. Hubiese querido, pero no podía.

La voz de George insistió:

—Anna.

—Sí.

—¿Qué querías? Dilo de una vez, mujer...

—Es que yo...

—¡Habla!

Anna dijo penosamente, como masticando las palabras:

—Nada, George.

Y colgó. Le pareció como si al hacerlo hubiese colgado su propio cadáver de la horquilla.

Aunque la cena era improvisada, Anna la preparó bien. Ella misma estaba asombrada de su presencia de ánimo y de su sangre fría. Quizá era que, por el hecho de querer a Michel, le parecía como si este no hubiera de causarle ningún daño. O tal vez estaba tan desesperada que había llegado a ese último extremo de frialdad en que la desesperación ya ni siquiera se nota.

Apenas despegó los labios, y Michel, que comía lentamente, tampoco lo hizo. Pero en cambio, André habló por los tres. André era uno de esos hombres con los que no resulta desanimada

ninguna reunión.

Por fin, después del café, miró su reloj.

—Dios santo, ya son las once.

Anna sintió que temblaban sus manos.

—¿Vas a irte?...

—Lo lógico es que os deje solos. Hace muy poco que estáis casados. Sois lo que se dice una parejita.

—Por nosotros no te preocupes.

Michel dijo suavemente:

—Anna, si André ha de irse que se vaya. No hay que gastar cumplidos con él. Somos amigos de toda la vida.

—Tal vez..., tú quieres que se vaya.

—¿Qué dices?

André, sorprendido, asistió parpadeante a aquel diálogo que no llegaba a entender.

—Bueno —dijo al fin, poniéndose en pie—. No sé por qué, pero me parece que entre los dos hay algo. Tal vez una de esas borrascas sin importancia que oscurecen por unos minutos la luna de miel, ¿no? En fin, será mejor que os deje solos. Para una parejita como vosotros no habrá medicina mejor que enviar los intrusos al diablo.

La copa que Anna sostenía entre sus dedos cayó al suelo, haciéndose añicos. André musitó:

—¿Pero qué te pasa?

Michel también se había puesto en pie.

Fue hacia la puerta, como si quisiera acompañarle, y tropezó con una de las sillas, que también cayó al suelo con estrépito. André estaba más asombrado cada vez.

—Vaya... —susurró—. Estáis... lo que se dice muy nerviosos.

—Perdón, André —murmuró Michel—, pero la verdad es que no nos ocurre nada. Por el contrario, somos muy felices.

—En fin, si tú lo dices será verdad.

Y miró a Anna.

Supo captar en los ojos de esta una desesperada, una angustiada llamada de socorro. Sí. La captó perfectamente. Pero no la entendió. Conocía a Michel de toda la vida. Y a Anna de casi toda la vida también. No podía imaginar ni remotamente que uno quisiera algo malo para el otro. Debía ser una tontería, una de esas nubes de verano que de vez en cuando oscurecen el mejor horizonte.

—Voy a irme —dijo—. Os deseo buenas noches. Y he tenido una verdadera alegría al veros, parejita. De verdad, una gran alegría. Espero no haberos molestado.

—Tú nunca molestas, André —dijo Michel.

—Ya lo sé, ya lo sé... Entre nosotros no hacen falta cumplidos. Pero, oye, tú estás un poco raro últimamente. No se te ve por ninguna parte. ¿Qué te pasa?

—Hago un trabajo que me obsesiona. Y además estoy recién casado, compéndelo.

—Lo comprendo, claro, lo comprendo. ¿Pero, por qué no vives en París?

—Esta casa me gusta más. Es tranquila.

—Pero también es... siniestra.

Y miró las puertas pintadas de negro, las escaleras viejas y todo aquel ambiente pasado de moda que ya no se comprendía.

Hablando habían llegado hasta el exterior de la casa. Allí estaba el Renault 16 de André, que siempre solía ir cargado de paquetes. Señaló la puerta que daba a los sótanos.

—Michel, ¿y aquello qué es?

—Una antigua bodega.

—Pues parece la entrada de una tumba. No te ofendas, ¿eh? Parece la entrada del panteón familiar. Ja, ja, ja. Servicio completo. Todo a domicilio.

A Anna no le hizo ninguna gracia la broma de André. Por el contrario, seguía sintiendo frío hasta la medula de los huesos. Cuando André subió al coche, estuvo a punto de lanzar un grito que resumiera toda su angustia, todo su terror. Pero no se atrevió.

Aún pensaba que aquello podía ser una alucinación. O aún quería lo bastante a Michel para no desear verle en la guillotina.

André dijo con falso optimismo.

—Adiós, parejita.

Y puso el motor en marcha.

Las luces de stop del vehículo desaparecieron en la primera curva. Y mientras la tomaba a poca velocidad pensó, mientras a su vez sentía frío en la espalda: *Pero a esos dos..., ¿qué les pasa?*

7

Anna miró hacia la oscuridad.

Veía al fondo las luces del aeropuerto de Orly. Y veía otras en su cerebro. Unas luces que se encendían y se apagaban. Millones de lucecitas: ahora ya sabía lo que iba a suceder. Había tenido en sus manos dos oportunidades de salvarse, la primera cuando llamó a George y la segunda cuando pudo pedir a André que se quedara aquella noche. Había perdido las dos. Y ahora iba a pagar su error. Iba a pagarlo de una vez para siempre. Michel susurró:

—¿Cansada, Anna?

Estaba muy cerca. Estaba a su espalda. El aliento casi le quemaba la nuca. Anna miró hacia el cielo. El cometa seguía acercándose a Venus. Y su cola brillante era como un dedo que lo señalara.

—¿Por qué no te vas a dormir? —insistió Michel.

—¿Yo sola?

—Tengo aún algo de trabajo. Quisiera acabar algo importante.

Ella no respondió. Sabía de sobras lo que era aquel «algo importante». No iba a tener indefinidamente el cadáver en la bodega. Necesitaba hacerlo desaparecer de algún modo.

—Está bien —dijo con insospechada rapidez—, si tantas cosas tienes que hacer, yo me iré a dormir sola.

Su cerebro había trabajado a una presión endemoniada. Solo cuando la vida está en juego se piensan tantas cosas en tan pocos instantes, y ella las había pensado todas. Por ejemplo, que él estaría ocupado durante algunos minutos. Y que en el dormitorio había un teléfono conectado. Y que podría llamar a George o a la policía.

Esta vez no iba a vacilar. Esta vez lo llevaría todo a las últimas consecuencias, aunque el hacerlo le costara lágrimas de sangre.

Él no la siguió. Se limitó a emitir una risita silenciosa.

—Sí... De verdad estás muy cansada, muñeca. Y te conviene

descansar, descansar muchísimo esta noche.

Anna subió al piso superior, donde estaba el dormitorio de ambos, sintiendo que se ahogaba. Encendió la luz y se apoyó en la puerta. El corazón le latía desacompañadamente, hasta llegar a hacerle daño en el pecho. Buscó a tientas la llave. Y estaba. Por fortuna estaba.

Cerró ansiosamente. Luego se sentó en el borde de la cama, mirando el teléfono como una obsesionada.

¿Se atrevería? ¿Enviaría a Michel a la guillotina, o al menos a prisión perpetua, con sólo descolgar el auricular de la horquilla? ¿Condenaría la vida de Michel para salvar la suya?

En apariencia y siguiendo las normas del más elemental instinto de conservación, no debía tener dudas. No iba a dejarse matar como se dejaría matar un pobre corderillo. Pero esto, en apariencia tan sencillo, dejaba de serlo por cuanto Anna era una mujer que amaba. En unos instantes, como si se tratara de una vieja película que desfilara otra vez ante sus ojos, pasaron ante ella las imágenes de la vida de Michel.

Michel pudo haber sido rico.

Huérfano de padre y madre, pues fueron muertos por los alemanes durante la ocupación, un tío suyo le había nombrado único heredero. Pero Michel, a los quince años, rehusó aquella herencia que pudo haber cambiado su destino. El dinero que iban a entregarle estaba amasado con el hambre de miles de seres humanos. Aquel hombre había hecho su fortuna con el mercado negro durante la ocupación. Y Michel, un puritano insobornable, no transigía con aquellas cosas.

Eso le hizo quedar hundido en una miseria de la que ya no saldría hasta bastantes años después. A los dieciséis años cargaba bultos en el mercado de Les Halles para poder seguir estudiando. A los diecisiete comenzó a boxear como aficionado.

A los diecinueve tuvo una gran oportunidad como profesional. Para no perderla, porque las grandes ocasiones no se repiten, aceptó la pelea estando enfermo. Disimuló ante los médicos federativos y ante todo el mundo. Subió al ring confiando en sus fuerzas, pero devorado por la fiebre. Su cuidador no lo notó.

Creyó que era simple excitación nerviosa.

Y Michel recibió la paliza más cruel que puede recibir un

hombre en el ring, aguantando en pie durante cinco interminables asaltos, sin poder devolver los golpes, mientras el árbitro dudaba entre parar el combate o no y Anna, desde la primera fila, gritaba al cuidador desesperadamente: «¡Tira la toalla! ¡Tírala! ¡Tírala...!».

La muchacha se llevó las manos a las sienes. Le ardían.

Todo aquello pertenecía al pasado, un pasado que no iba a volver jamás. Ahora no podía decirse que fueran ricos, pero Michel tenía una buena posición. Su nombre sonaba en los ámbitos científicos. Sus compañeros le apreciaban. Pronto empezaría a ser llamado para asistir a congresos internacionales.

Y sin embargo...

Anna se había enternecido recordando aquel sombrío pasado. Sabía además que, si Michel había cometido aquel crimen, era sin culpa. Nadie tiene la culpa de volverse loco. Pero ella tampoco quería morir, de modo que descolgó poco a poco el teléfono.

Le pesaba como una losa mortuoria. Pero de repente, cuando se lo llevó al oído, notó que hasta sus dedos se helaban.

El teléfono no daba ninguna señal. La línea había sido cortada.

Anna lo dejó caer, mientras doblaba su cuerpo trágicamente y ahogaba un sollozo.

Estaba perdida, estaba acorralada. Debió haberlo imaginado.

Como primera medida de seguridad, para que nadie evitara su crimen, él desconectaría el teléfono. Con los puños materialmente metidos en la boca para no gritar, pensó en un sistema para huir. Tal vez deslizándose por la ventana... Sí, eso sí que podía hacerlo.

Estaba en un primer piso.

La abrió para descolgarse por allí, y entonces sus nervios sufrieron otra brutal sacudida. Porque las luces de la casa se habían apagado. Porque por todas partes la rodeaba ahora la oscuridad más completa e impenetrable.

8

Anna ya no vaciló.

Estaba metida en el fondo más viscoso de una repugnante trampa. Si se quedaba quieta, su cadáver desaparecería como iba a desaparecer el de la mujer que había visto en el lavadero. Posiblemente Michel pensaba enterrarlas a las dos juntas. Si estaba loco por un lado, por otro obraba, sin embargo, con innegable astucia.

Ella terminó de abrir la ventana y se deslizó al exterior. Todo su joven cuerpo se tensó como un arco mientras caía.

Lástima de zapatos, se le ocurrió pensar. Estuvieron a punto de romperse los tacones. Pero consiguió caer bien y trató de dar la vuelta a la casa, por el exterior, para llegar hasta su coche. Y entonces oyó aquel leve rugido.

Era como un gorgoteo. Como un sonido ronco y lejano que saliera de las mismas entrañas de la noche.

Anna miró hacia su derecha, desde donde acababa de surgir «aquello».

Pero no vio nada. La seguía rodeando la más impenetrable oscuridad. Y de pronto supo que lo tenía junto a ella. Le pareció recibir en la cara un aliento espeso, caliente.

Agachó la cabeza.

Y en aquel momento la zarpa voló por los aires. Le hubiera alcanzado en mitad del cuello si no llega a moverse con tanta rapidez. Oyó perfectamente el ruido de las uñas al rasgar la pared. Unas largas y aceradas uñas...

La muchacha apretó a correr con todas sus fuerzas, mientras el rugido se repetía. Era un sonido extraño, un rugido mitad de persona, mitad de bestia. Parecía increíble que Anna pudiera correr tanto sobre unos tacones tan altos como los que llevaba. Pero llegó al Alpine en un tiempo verdaderamente récord.

Se sentó al volante y arrancó. El motor lanzó un rugido.

Las marchas «cantaron» al ser metidas sin apretar previamente bien el embrague.

Anna emprendió una carrera loca, absurda, sin acordarse ni de encender las luces, dando gas a fondo y no estrellándose por verdadero milagro contra los coches que flanqueaban la carretera. Al fin fue serenándose.

Por el momento y aunque no sabía cómo, se había librado de la muerte. Michel ya no lograría alcanzarla.

Estaba en la autopista, entre centenares de coches que iban en la misma dirección. Ya no corría peligro, excepto el de estrellarse.

Un camionero que la adelantaba gritó:

—¡Las luces, muñeca...!

Ella las encendió nerviosamente. Y consiguió manejar con más seguridad entre el intenso tráfico que se dirigía a París.

Cuando pasó ante la prefectura de policía pensó detenerse. Pero hubo algo, como una fuerza interior, que la hizo seguir. Necesitaba reflexionar.

Quizá lo más humano fuera decir a Michel... que huyese. Contarle que lo sabía todo, lo que en realidad no era nada nuevo para él, puesto que le había visto junto al cadáver de la bodega. Explicarle que le perdonaba y que le daba una opción para huir. Que no le denunciaría hasta la mañana siguiente.

Sí, eso sería lo mejor. Y lo más humano.

Logró encontrar un pequeño sitio para aparcar en la rue Lepic y se introdujo en un motel tranquilo y silencioso que aún parecía conservar el sabor del viejo Montmartre. Una vez en la habitación, pidió una conferencia telefónica con el número de su casa.

Se la dieron en seguida.

El timbre sonó.

Vaya... —pensó ella—. *Ya ha vuelto a conectar el teléfono...*

Le respondió la voz de Michel. Ahora era una voz perfectamente normal y tranquila.

—¿Sí?...

—Michel, soy Anna.

—Anna... ¿Por qué me llamas por teléfono? ¿Por qué te has ido?

Ella estuvo a punto de soltar una palabra gorda. Demasiado cinismo ya. Era el colmo. Pero todo podía tener su explicación, una

explicación médica, si Michel no recordaba luego los momentos en que se convertía en un criminal.

—¿Por qué te has ido? —insistió—. ¿Dónde estás?

—En París.

—Pero... a estas horas...

—He huido, Michel.

—¿De quién...?

—De ti.

—Anna, no te entiendo.

—Michel... —La voz de Anna se había vuelto angustiosa y ronca—, dime lo que has hecho esta tarde.

—Pues... Vino a vernos André y...

—Antes.

—Estuve trabajando.

—¿Nada más?

—Nada más. ¿Por qué?

—¿Quieres hacerme un favor?

—Por supuesto, lo que tú digas.

—Ve a la bodega donde yo estaba antes. El sitio donde me buscaste al llegar André.

—¿Y para qué he de ir allí?

—Sólo te pido que mires lo que hay. Luego vienes a hablarme otra vez por teléfono.

—Anna, esta conferencia te va a costar mucho.

—El dinero no importa. Hala, ve.

A Anna le pareció ver el gesto de Michel. Michel, en esas ocasiones, siempre se encogía de hombros y terminaba obedeciendo. Esperó angustiosamente, oyendo solo el ritmo de su propia respiración.

Michel tardó unos cinco minutos. Al volver susurró:

—Anna...

—Sí.

—¿A qué te referías?

—Michel, por Dios...

—Anna, explícate mejor.

—¿No había nada en el lavadero de la bodega? ¿En el antiguo lagar?

—Pues..., pues no.

Y enseguida añadió:

—¿Qué tenía que haber?

Anna sintió que el auricular temblaba en su derecha, al vacilarle los dedos. Ya era demasiado. Michel tal vez quería ganarse su confianza de nuevo. Estaba preparando el segundo golpe, ya que el primero había fallado.

La voz del hombre insistió:

—Anna...

—¿Qué?

—¿Dónde estás?

—En la rue Lepic. Yo...

Y de pronto se dio cuenta de que había hablado demasiado. Acababa de dar una pista a Michel. Una pista que nunca debió darle, si quería seguir viva. Era necesario que se alejase cuanto antes de allí. Pero como no quería ir a la deriva, telefoneó a diversos hoteles para pedir una habitación. París es una ciudad llena de turistas todo el año, donde no siempre puede hospedarse uno donde quiere.

Al fin encontró una habitación que le convenía al otro lado de la ciudad, en Montparnasse. Mejor. Cuanto más lejos de allí, más desorientaría a Michel.

Puesto que no llevaba equipaje, salió tranquilamente. El dueño le dirigió una mirada suspicaz.

—¿No estaba contenta con la habitación?

Sin duda había escuchado las llamadas telefónicas de Anna, pidiendo otra.

—Sí, pero no me convenía seguir aquí. Siento haberle causado molestias. Le pagaré la conferencia y la estancia de toda la noche.

—De acuerdo. Son treinta francos todo comprendido.

La muchacha pagó y salió. Hacía tantos esfuerzos por no mostrar su nerviosismo, que le dolía hasta la nuca.

Atravesó el Sena por el puente de la Cité, dirigiéndose a la otra orilla, y rodó sin prisas hacia el barrio Latino y Montparnasse. El tráfico la distraía y la calmaba. Cuando llegó a su nuevo hotel se tendió en la cama y trató de cerrar los ojos.

Casi logró conciliar el sueño. Al menos aquí se sentía tranquila y segura. No supo cuánto tiempo había transcurrido en esa situación. ¿Media hora? ¿Una hora completa? De pronto la despertó un mal

pensamiento.

Un pensamiento que otra vez le hacía sentir frío en los huesos. Se irguió, tomó el teléfono y discó el número del hotel que abandonara poco antes. La voz del dueño, que ya casi le resultaba familiar, preguntó aburridamente:

—¿Quién...?

—Soy la señorita que ha estado poco antes ahí: Anna Mercier.

—Ah, sí. La recuerdo.

—¿Ha preguntado alguien por mí?

—Pues... sí. Hace un rato.

—¿Un hombre?

—Sí.

Anna se estremeció. Era natural. Le había dicho a Michel que estaba en la rue Lepic. Y Michel, valiéndose de la guía telefónica, había llamado a todos los hoteles de la calle preguntando por ella.

—No le habrá dicho usted donde estoy ahora, ¿verdad? —musitó, mientras volvía a temblarle la mano.

—Pues...

—¿Se lo ha dicho? ¡Hable! ¿Se lo ha dicho?

—Verá, yo he oído que usted reservaba habitación en el Magoria, y como el que preguntaba era su marido...

Anna sintió que el auricular le quemaba en los dedos. Apenas pudo susurrar:

—Gracias.

Y colgó. Mientras unas gotitas de sudor frío nacían en sus sienes, la muchacha comprendió que tenía que darse prisa. Cambiaría de hotel inmediatamente. O dormiría en el coche, en cualquier lugar descampado, si era necesario. Pero en aquel momento oyó ruido junto a la puerta. Ruido de pasos... Alguien se detuvo ante la hoja de madera.

Y Anna vio, por el resquicio que quedaba debajo de esta, la sombra de los dos pies que ya estaban en el pasillo. Demasiado tarde para huir.

Demasiado tarde...

Esta vez no le quedaba ni el recurso de tratar de saltar por la ventana, ya que estaba en un sexto piso. Lo único que podía hacer era llamar por teléfono a conserjería y pedir que la auxiliasen antes de que entrara Michel. Pero se acordó de que no había cerrado con

llave la puerta.

El pomo empezó a girar lentamente.

Michel la mataría mil veces antes de que ella llegara a pronunciar por teléfono una sola palabra. Entonces, como única defensa, apagó la luz. Cuando entrase en la habitación él no la vería.

Tal vez Anna pudiese así llegar hasta la puerta y huir, mientras el otro la buscaba. La habitación quedó a oscuras.

Y la puerta se abrió del todo, o al menos Anna oyó el ruido de la hoja de madera al girar sobre sus goznes. Pero no vio nada. Porque con gran sorpresa por su parte comprobó... ¡que la luz del pasillo se había apagado también! ¡El asesino entraba allí envuelto en las más espesas tinieblas!

Anna contuvo la respiración. Tenía que saltar. No veía nada, pero debía intentar salir antes de que Michel la acorralase. Le parecía oír la respiración jadeante, tensa, de una fiera que acecha. Tensó los músculos y... ¡saltó! Unos segundos después había tropezado con la figura ancha y maciza del hombre que taponaba la puerta.

Michel la había esperado allí. Había adivinado lo que sucedería. Anna sintió cómo las uñas de la zarpa desgarraban su vestido. Ni siquiera gritó.

Estaba tan asustada que no pudo ni hacer eso. Dio inútilmente un desesperado manotazo al aire, intentando defenderse y apartar al asesino. Sus dedos tropezaron con algo. Era un escudo que el asesino llevaba en la solapa.

Una insignia. Esta quedó prendida entre los dedos de Anna.

Sus ágiles piernas le permitieron dar un nuevo salto. La zarpa asestó un nuevo golpe, pero las uñas apenas la rozaron, desordenándole los cabellos.

Eso fue todo.

Segundos después, Anna corría por el pasillo como una obsesionada, mientras las tinieblas la envolvían. Pero esas tinieblas duraron poco.

De repente se hizo la luz en torno a la muchacha. Esta se encontró ya al final del pasillo, ante el espectáculo conocido del rellano de un hotel modesto: la puerta del ascensor, las escaleras, el nacimiento del pasillo, unos cuantos cuadros malos que adornaban

las paredes... Anna miró hacia atrás.

Por el pasillo que ella había seguido en su huida, avanzaba pesadamente un tipo cachazudo con uniforme de conserje.

—Alguien ha aflojado los fusibles —murmuró—. Los fusibles estaban junto a su habitación. ¿Ha visto algo, señorita?

Ella negó con la cabeza.

—No, pero me he asustado. Por eso... corría.

—No tenga miedo, no pasa nada. A veces esas cosas ocurren solas. Vuelva a su habitación.

—Por favor, acompáñeme.

—¿Por qué? ¿Es que no se siente bien?

—Me temo que haya podido entrar alguien mientras todo estaba a oscuras.

—Ya es posible, ya... El mes pasado hubo un robo aquí. Vamos a ver.

Y entraron los dos.

Anna sentía que el corazón se le había encogido. Iba a tener la horrible evidencia. Iba a llegar al fin de una etapa de su vida, una etapa que consideró la más hermosa y que se había transformado en la más horrible. Pero desorbitó los ojos al ver que dentro de la habitación no había nadie.

El conserje levantó incluso la cama para ver si alguien se había ocultado debajo.

Nada.

Solo la ventana, que daba a un patio interior, estaba abierta y se movía débilmente a impulsos de la brisa. Michel había huido por allí; estaba claro. Para un hombre ágil como él no había resultado difícil deslizarse por las tuberías hasta llegar al fondo del patio interior, desde donde el huir era ya un juego de niños.

El conserje murmuró:

—Bueno, ya ve que no hay nadie. Todo son imaginaciones tuyas, señorita.

—De todos modos voy a irme de aquí.

—¿No le gusta el hotel?

—Perdone, pero no me siento bien en ninguna parte.

El conserje la miró con suspicacia. Lástima que una chica tan sensacional estuviera majareta. Lástima que aquellas piernas tan sensacionales sólo le sirvieran para huir de los fantasmas. Pero, en

fin, él no podía hacer nada.

Susurró:

—Diré que le preparen la cuenta.

Y se alejó.

Anna miró el pequeño escudo que tenía entre sus dedos. Era una insignia muy sencilla: la insignia del club de boxeo a que en otro tiempo perteneció Michel. ¿Qué necesidad había tenido de mirarla? ¿Es que no lo sabía ya? Pero el ser humano siempre duda y siempre busca evidencia tras evidencia, cuando en realidad basta ver una cosa una vez para estar seguro de ella.

Descendió a la planta baja como una sonámbula y abonó la cuenta de toda una noche. Y otra vez se enfrentó al misterio de las calles de París, pero ahora con la angustia de saber que Michel conocía su paradero. Tal vez la estaba vigilando desde una esquina. O desde el interior de cualquiera de los coches aparcados que lo llenaban todo.

La muchacha se introdujo en una cabina telefónica.

Procuró tapar con la espalda el dial, porque Michel, si no estaba lejos, podía ver perfectamente con unos prismáticos el número que marcaba.

Al cabo de unos instantes le respondió la voz de madame Denise.

—¿Sí?

—Soy Anna.

—Anna..., ¿a estas horas?

—Ya sé. Es más de medianoche. Pero creí recordar que usted no se acuesta hasta el amanecer, madame Denise, y por eso me he atrevido a llamarla.

—Te parecerá extraño, pero yo pensaba llamarte a ti también.

—¿Por qué?

—Es algo grave —susurró madame Denise—, muy grave. Pero primero dime lo que te ocurre a ti.

—Han intentado matarme.

—¿Y sabes quién?

—Dios mío, claro que lo sé. Pero no me obligues a decirlo.

—¿Michel?

Anna casi chilló, angustiada:

—¿Cómo lo sabe?

—De eso quería hablarte, Anna. Es mejor que sepas la verdad.

—La verdad... desgraciadamente ya la sé.

—Hay algo que desconoces. Algo tan importante que debes saberlo cuanto antes mejor.

—Dígamelo ahora.

—No, ahora no puedo. Por teléfono no. Ven a mi casa.

—Eso pensaba pedirle, madame Denise. ¿Me dejará dormir ahí?

—No hay inconveniente. Ven cuanto antes.

Y la adivina colgó. Anna sintió por unos momentos como si el auricular quemara en sus dedos. Al final colgó también. Y al salir de la cabina miró en torno suyo, pero nadie parecía observarla.

Por Montparnasse paseaban los tipos de siempre, los que han dado un ambiente especial a sus noches: pintores, mujeriegos, turistas, alguna taxi-girl, algún estudiante de los que nunca estudian, algún político exiliado, en especial sudamericano, algún millonario que paseaba por allí para recordar los viejos tiempos... Tomó un taxi y pidió:

—Lléveme a Notre Dame.

Pero cuando estaba en Notre Dame ordenó un cambio de rumbo:

—Quisiera ir a la porte Saint Denis.

Y cuando estaba en la porte Saint Denis:

—Ahora necesitaría ir a la plaza de los Vosgos.

El taxista estaba a punto de perder los nervios.

—¡Bueno! ¿Pero va a ir a algún sitio fijo de una vez, señorita?

—Perdone. Temo que alguien me esté siguiendo y he querido desorientarle.

—Ah, entonces es distinto. Le aseguro que a Marcel nadie le echa el guante cuando Marcel quiere. Ahora verá.

Y emprendió una veloz carrera para dirigirse a las Tullerías, haciendo eses y quiebros por las viejas calles del Palais Royal, hasta desembocar en la place Saint Antoine y desde allí, dando más quiebros por las calles de la antigua judería, plantarse en la plaza de los Vosgos, que a aquella hora estaba silenciosa como una tumba.

Anna pagó, dio una buena propina y, ya segura de que no había podido seguirla nadie, se encaminó hacia el portal de la casa en que vivía madame Denise. El portal estaba abierto. Anna, algo sorprendida, subió por las viejas y chirriantes escaleras, hasta llegar al piso de la adivina. Había encendido las luces, pulsando el botón del minuterio. Eran unas luces amarillas, espectrales, que apenas

lograban disipar un poco las sombras. La puerta del piso también estaba abierta.

Anna vaciló. No se atrevía a entrar. Tenía la sensación de que iba a meterse en el recinto de su propia tumba. Pero poco a poco empujó la puerta. Esta chirrió como si tuviera nervios y los nervios se quejaron doloridos. Vio el vestíbulo que ya conocía, lleno de estatuillas extrañas y de viejos símbolos de tribus que adoraban a los antepasados y a las ánimas. Todo parecía vacío, desierto. Penetró en el despacho donde madame Denise recibía a las visitas y donde ella había estado tantas veces.

Nadie.

Pero todo estaba impecable y en orden, como si madame Denise lo hubiera dejado unos minutos antes. Fue hasta la puerta del fondo. Allí no había entrado nunca, pero sabía que más allá estaba el dormitorio de la joven adivina.

Y Anna sintió que sus ojos se desencajaban como si hubieran recibido una sacudida eléctrica. Porque madame Denise estaba allí.

Estaba...

9

Anna ya había observado muchas veces que madame Denise debía ser una mujer tentadora para los hombres de gustos fuertes. Tenía un cuerpo alto, opulento, y su carne era de una dureza marmórea. No hubiese servido para maniquí, desde luego, pero si para ilustrar una revista sexi de las que leen en secreto los adolescentes. Además iba también vestida de una manera excitante, con blondas, ropas ceñidas, medias de fantasía y todo lo que hubiese lucido la más espectacular cortesana de los medios elegantes de París.

Pese a eso, madame Denise había sido siempre una mujer honrada.

Jamás se le habían conocido otros medios de vida que la adivinación astrológica, en la que la inició su madre, y que en Francia no es solo una profesión honrada, sino incluso muy distinguida. Pero nada de eso le hacía falta ahora. Ahora no era más que un pobre ser destrozado bañado en su propia sangre. Un terrible zarpazo le destrozaba el cuello.

Se había desangrado por allí.

Estaba en la cama, cara al techo, con las ropas destrozadas, los ojos muy abiertos, como en una postrera, muda y patética pregunta. Por la forma en que yacía su cuerpo, se podía tener la sensación de que había sido objeto de algunas violencias sexuales.

Pero Anna sabía que no.

La habían matado para silenciarla, porque madame Denise lo conocía todo. Como la matarían a ella. Como tal vez la estaban matando ya...

Anna oyó el chirrido de una de las puertas, en el pasillo, como si una cuchillada hubiera entrado hasta el fondo de su propio cráneo.

Ahora ya sabía que no estaba sola.

El asesino también se encontraba allí.

—Michel... —llamó—. Michel...

Porque, por si aún le faltara alguna evidencia, había visto las huellas de los zapatos masculinos en el suelo.

Como en París suele llover cada día un poco, el suelo siempre está húmedo. Así no era de extrañar que el hombre que entró allí poco antes, para matar a madame Denise, hubiera dejado impresas en el suelo las huellas de sus zapatos. Esas huellas correspondían a unas suelas de goma que Anna conocía bien, porque estuvo con Michel el día en que este adquirió aquel calzado tal vez excesivamente deportivo, pero cómodo. El dibujo aparecía marcado con tal nitidez que era como si tuviese los zapatos delante.

Por eso Anna supo que iba a morir y, peor aún, supo quién había de matarla. Pero prefirió que lo hiciesen cara a cara.

Ya no escaparía.

Preferiría decir a Michel que después de todo, había resuelto perdonarle.

Por eso llamó de nuevo:

—Michel...

Su voz sonaba como un susurro entre la niebla de un cementerio.

Ya no oía nada.

Ni el crujido de las puertas. Ni los pasos...

Salíó al despacho de nuevo, alejándose de la macabra visión del cadáver de madame Denise. Todo seguía en silencio. El recinto estaba alumbrado por una lámpara de pie que se encontraba junto al biombo. Al lado opuesto había una puerta que daba al pasillo y una ventana de cristales esmerilados que se proyectaba sobre el patio interior de la escalera.

La muchacha miraba fijamente el biombo. No hubiera podido decir por qué, pero sabía que aquello estaba allí.

Y, en efecto, vio la zarpa. La vio salir poco a poco por detrás del biombo, dirigiéndose a la pantalla. Ella estaba como hipnotizada, como el pajarillo apresado por la serpiente. Sus pies parecían clavados en el suelo.

Solo acertó a decir una vez más:

—Michel...

Se oyó un leve clic. La luz de la lámpara acababa de extinguirse.

Solo un levísimo resplandor que llegaba del pasillo penetró a partir de entonces en la habitación.

Y Anna vio la figura alta, maciza. Vio la sombra de la zarpa. Era una zarpa que la lejana luz centuplicaba dándole un aspecto monstruoso.

Y se escuchó aquel leve rugido. El rugido contenido de la fiera que se dispone a saltar.

Anna retrocedió entonces un paso y sintió a sus espaldas el contacto del cristal de la ventana.

Todo su cuerpo vibró. Un segundo más... y llegaría la muerte. No supo cómo había ocurrido, pero de pronto se encontró proyectada en el espacio. El cristal había sido roto por sus espaldas al dar un nuevo paso hacia atrás. Y el alféizar de la ventana, demasiado bajo, no había podido retener su cuerpo.

Anna dio una vuelta sobre sí misma en el aire. Caía a plomo. Estaba en un tercer piso y esta vez ya nada podía salvarla. Su caída duró cinco segundos tan sólo, pero para ella fue como cinco eternidades.

Nunca hubiera imaginado que el tiempo fuese una cosa tan extraña, una cosa que se alarga o encoge según las circunstancias. Tuvo tiempo de pensar en la amarga ironía de su destino; tiempo de pensar en que, al fin y al cabo, no la mataba Michel, lo cual no dejaba de ser un consuelo para ella.

Y de pronto chocó. Lanzó un grito de sorpresa.

Porque lo que tenía que haber sido un choque brutal que destrozara sus huesos, había sido sencillamente un impacto en una masa blanda, casi gelatinosa, que no le causó el menor daño.

Rebotó y volvió a caer.

Y entonces se dio cuenta de que estaba encima de una gran masa de espuma plástica, de la que se emplea para rellenar asientos. En el hueco de la escalera, por donde ella acababa de caer, había una cantidad enorme de aquel material. En una de las puertas que daban al rellano se leía: «Plásticos Monfort. Entrada de servicio».

Como en muchos edificios viejos, en este se cobijaban varias industrias. Eso era lo que había salvado la vida a Anna. Aún no comprendía que pudiera estar intacta.

Salió de nuevo y corrió hacia la calle. Esta vez había tenido muchísima suerte, pero era seguro que no volvería a tenerla. La

suerte no se repite. Como la puerta de la calle aún estaba abierta, llegó a la plaza sin dificultad.

Corrió alocadamente. Aquellas calles, que correspondían a una de las zonas más viejas del viejo París, estaban silenciosas y casi tétricas. Nadie contempló su aterrorizada carrera. No supo cómo se encontró en la plaza de la Bastilla. También le pareció silenciosa y enorme. En el centro, dibujado en el suelo, estaba el contorno que antaño ocupó la siniestra fortaleza de París, destruida en la gran revolución de 1789.

Anna andaba como a bandazos, como empujada por brucas ráfagas de viento. Entró en un café de los que están abiertos toda la noche. Había muy pocos clientes acodados en la barra. El camarero la miró con curiosidad.

—¿Qué quieres, muñeca?

Seguro que la había tomado por una taxi-girl nueva en la zona.

—Déme un café bien cargado.

—Como quieras, preciosa. ¿Qué? ¿Los negocios van bien?

Ella no contestó. Miraba como alucinada al hombre que se acercaba poco a poco, con los ojos muy abiertos a causa del asombro.

—Anna...

—¿Qué haces aquí, George? Él la tomó por el brazo.

—Por favor, siéntate conmigo.

El camarero le llevó el café a la mesa mientras rezongaba para sí:

—Mira... Parecía tan despistada y ya tiene un amigo. Claro... Una chica con unas piernas tan sensacionales por fuerza ha de hacer carrera.

George la miraba sin salir de su asombro.

—Por favor, ¿qué haces aquí?

—¿Y tú?

—Lo mío es muy sencillo de explicar. Después de recibir tu llamada me quedé muy extrañado.

Anna no contestó, Bebió un sorbo del café muy cargado, dejando que él continuase.

—Me quedé tan extrañado que fui a tu casa —continuó George—, pero vi desde el jardín que estabas cenando con un desconocido. Entonces volví y traté de acostarme. Pensaba una y mil veces que

me habías llamado para alguna tontería, pero aun así la idea no me dejaba conciliar el sueño.

Anna asintió levemente.

—¿Por qué me llamaste? —musitó él.

—Por favor, no me hagas hablar ahora. Sigue;

—El resto es sencillo y complicado a la vez. Verás... Cuando me convencí de que no podría conciliar el sueño, decidí agarrar el rábano por las hojas y te volví a llamar. Pero entonces me encontré con el absurdo de que el teléfono no contestaba. Sin duda había sido desconectado.

—Sí, así fue.

—¿Por qué razón?

—Por favor... Te digo lo mismo que te he dicho antes. Sigue.

—Cada vez más extrañado fui a tu casa y, cuando estaba en el sendero, casi hube de apartarme para que no me arrollaras. Supongo que no te diste cuenta porque ibas obsesionada y además sin luces.

—No, no me di cuenta. En efecto, iba... como enloquecida.

—Entonces tomé una decisión —murmuró él—. Corrí a mi casa y saqué mi coche. Ya sabes que tengo un Ferrari sport. Confiaba alcanzarte con él, pero la autopista era un lío y tú también habías corrido mucho. De repente me encontré en París sin haberte echado otra vez el ojo encima.

—Fui a un hotel de Montmartre, a un hotel de la rue Lepic —dijo ella con un soplo de voz.

—Quién lo hubiera imaginado... ¿Y por qué hiciste eso? ¿Un disgusto con Michel?

—Sí.

—Debió ser muy fuerte...

—Sí.

—Pero esto no es Montmartre —dijo él—. Ahora estás en el lado opuesto de la ciudad.

—Es cierto. Luego me fui a Montparnasse... y al fin vine a parar aquí.

—¿Por qué razón?

—Por favor, sigue hablando, George. Tu voz me tranquiliza.

—Bien, si es así... Seguiré hablando para que estés contenta. Después de buscarte por todas partes comprendí que era absurdo

tratar de encontrar a una mujer determinada en la inmensa selva de París. Entonces decidí usar mi cerebro y me puse a recordar. Sabía que tu madre había sido clienta de una de esas mujeres que se hacen llamar «doctores en astrología», y que adivinan el porvenir de uno según la posición de los astros. Recordé que tú también habías ido bastantes veces a verla. Dar con el nombre me costó mucho, pero al fin lo recordé también: «Denise» o algo así. Busqué el teléfono en la guía, pero no encontré ninguno con ese nombre.

—Aún lo tiene con el apellido de casada de su madre —bisbiseó Anna—. Era natural que no diceses con él.

Y terminó su café, que la había reconfortado un poco.

George continuó:

—Empezaba a pensar que me había vuelto idiota, porque no daba una a derechas. Pero forcé otra vez mis recuerdos y al final di con lo que podía ser una pista. Tú me dijiste cierta vez que esa tal Denise vivía por la plaza de los Vosgos o algo así. De modo que vine aquí en línea recta, aparqué el Ferrari (lo señaló a través de los cristales, al otro lado de la plaza) y entré en el café a preguntar, pensando que la conocerían. Pero ni de eso he tenido tiempo. Entonces has entrado tú...

Anna había cerrado los ojos. Sabía que podía confiar en aquel hombre, que era su único amigo, pero aún así le causaba un daño terrible el pensar que iba a tener que contarle la espantosa verdad.

Él musitó:

—Y ahora, ¿por qué no hablas tú, Anna?

—Es... difícil.

—Inténtalo,

—No puedo, George..., ¡de verdad que no puedo! Él rozó con la derecha una de las manos de Anna, que no se movió.

—Anna, hace no demasiado tiempo te pedí que te casaras conmigo. ¿Recuerdas?

—Claro que lo recuerdo, George.

—Siempre habíamos sido grandes amigos. Tú tenías confianza en mí, y viceversa.

Anna no contestó. Pero se sentía bien allí, oyéndole hablar. Notaba que estaba protegida y que ya nada malo podía sucederle.

—Entonces en tu vida entró Michel. Yo sabía que salíais juntos, pero no daba importancia a eso. Tus padres habían sido ricos y

Michel no era precisamente lo que se dice «un joven de posición». Uf... Una persona que tiene que boxear para pagarse sus estudios... No te ofendas por eso; no hago más que desnudarte mis pensamientos de entonces. Por eso me llevé una sorpresa tan brutal al saber que estabais prometidos. Y entonces fue cuando te pedí por última vez que rectificaras y te casaras conmigo.

—Lo recuerdo —dijo Anna, con apenas un soplo de voz.

—Desgraciadamente, no me hiciste caso y te casaste con él. Yo no sé qué es lo que ocurre entre vosotros, pero adivino que no eres feliz. Y creo que ha llegado el momento de que te ayude con todas mis fuerzas, muchacha.

—George..., tú no puedes hacer nada.

—Por favor, sé sincera una sola vez conmigo. ¿Qué pasa con Michel?

—Trata de... matarme.

Bueno, ya estaba dicho. Lo que le pareció difícil, casi imposible a Anna ya había salido de sus labios. Claro que era mucho más fácil decírselo a George que a la policía. Pero de todos modos nunca creyó que fuera capaz de hacerlo.

Él cerró un momento los ojos. Y Anna no entendía por qué, pero tuvo la sensación de que aquello no había causado a George ninguna sorpresa.

—Diríase que ya lo sabías —musito sin fuerzas.

—No lo sabía, pero lo imaginaba.

—¿Por qué?

—Tengo mis pruebas.

—¿Cuáles?

Él le señaló el teléfono del bar, junto al cual estaban las monumentales guías telefónicas.

—Busca esta dirección: «Monsieur Condorcet, notario». Vive en la rue Rivoli. Cuando tengas su número le telefoneas.

—¿A estas horas?

—No le importará. Te aseguro más bien que te quitarás un peso de encima. Todos estos días ha estado intentando comunicar con tu casa de París, sin que me contestara nadie.

Anna estaba más sorprendida cada vez. Musitó:

—¿Comunicar conmigo? ¿Para qué?

—Llámale y dile tu nombre. Pronto lo sabrás.

Ella caminó hacia el teléfono como una autómatas. No entendía nada, pero obedeció. Buscó el número de Condorcet y lo encontró, desde luego, en la rue Rivoli, el teléfono sonó durante unos instantes. Al responderle una voz masculina, Anna dio su nombre con cierta timidez.

Tuvo una gran sorpresa cuando el otro lo reconoció en seguida.

—Ah, madame Mercier... Claro, celebro que me haya llamado. He estado enviando comunicaciones a su casa de París.

—De momento no vivo allí, sino en otro sitio, cerca del aeropuerto de Orly.

—Bueno, eso no tiene importancia ahora. El caso es que ha establecido contacto conmigo... He de darle una noticia relativa a sus padres, que como bien sabe fallecieron hace un tiempo.

—¿Qué noticia?

—Dejaron en mi poder un testamento ológrafo, es decir, escrito a mano, que no debía abrirse hasta hace unas fechas. Lo hice y me encontré con que sus padres tenían considerables fondos en una banca suiza. No lo sospechaba usted, ¿verdad? Sobre los sesenta millones de francos franceses... De todo eso es heredera usted, pero como las fondos se hallan depositados en el exterior, deberá cumplir algunos trámites.

Anna estaba petrificada. Sesenta millones de francos... ¡Era como un sueño!

La voz continuó:

—Supongo que no necesita inmediatamente esa suma.

—No, claro que no...

—Lo digo porque esos trámites bancarios son un poco largos. De todos modos le ruego que venga a verme dentro de siete días. Para entonces ya podría darle noticias mucho más concretas, ¿entiende? Siete días.

Y colgaron.

En torno a los ojos de Anna todo daba vueltas. Volvía a ver los millones de lucecitas. Fue como una sonámbula hasta la mesa de George, sin saber ni dónde ponía los pies.

—Supongo que la noticia te ha dejado asombrada —dijo él.

—¿Cómo... sabías eso?

—Porque ese notario es también el de mi familia. Hace poco estuve en su despacho para un asunto y hablamos casualmente de

tus padres. Él ya sabía que éramos viejos amigos. Entonces me explicó que te había andado buscando para una cosa que te importaba mucho. Yo le di tu dirección actual, la del chalé. Naturalmente no me habló de cifras, pero deduje que tus padres te habían dejado una bonita fortuna sin que tú lo supieras. ¿A cuánto asciende el regalito?

—A sesenta millones de francos... más o menos.

George lanzó un silbido.

—Diablos, es... es asombroso.

—Yo aún no puedo creerlo.

—Habiéndotelo dicho el propio Condorcet, debe ser verdad. Además tus padres nunca fueron pobres, sino todo lo contrario.

—Desde luego. Pero a papá le gustaba vivir bien en lugar de ahorrar. No creí que me hubieran dejado más que la casa, unos viejos muebles y unos cuantos títulos de sociedades industriales. Claro que estando los fondos en Suiza... Ahora empiezo a comprenderlo. Papá hacía frecuentes viajes a Zurich. Debía tener negocios allí y mamá lo sabía, pero a mí no me lo dijo nunca.

George le tendió un cigarrillo y le prendió fuego. Luego se puso otro él entre los labios, pensativamente, mientras parecía dar vueltas en su cerebro a aquella extraña situación.

—Ya lo ves —dijo—. Tú no comprendías que Michel tuviera una razón para matarte. Ahora ya ves que la tiene.

—No te entiendo, George.

—No quieres entenderme, que es distinto. Y más vale que afrontemos las situaciones cara a cara de una vez. Es tu vida la que se juega, no la vida del vecino. Puesto que no tenéis hijos, si tú mueres Michel se transforma en tu heredero, ¿sí o no?

—Sí. —Pues ya está la sórdida razón material, muchacha. Ya la tienes.

—Pero él, ¿cómo pudo enterarse de la existencia de esa fortuna? Si yo misma no la conocía, ¿qué razón hay para que la conociera él?

—Muy sencillo: tuvo interés, mientras que tú no. Él hizo averiguaciones. Supo con quién se casaba. ¿O crees que todo el mundo va por la vida igual que tú, como un pajarillo inocente?

Ella necesitó apoyar las manos en el borde de la mesa. Se sentía mareada.

—Ven conmigo —susurró George—. Yo cuidaré de ti.

—No puedo...

—¿Por qué no?

—Pese a todo, Michel es mi marido.

—¿Y... qué tratas de hacer?

—Le daré una oportunidad.

—Anna, estás loca... ¿Una oportunidad para qué?

—Para que huya...

George hizo un gesto de resignación, como si hablara a una niña que de todos modos no acabaría de entenderle.

—Anna —susurró—, yo te conozco desde que eras una niña. Hemos jugado juntos, hemos tenido inquietudes y problemas comunes. No llegaste a casarte conmigo, y yo me resigno. Muy bien. Pero no quiero verte muerta. Si no vas con el cuento a la policía, lo haré yo, aunque la situación no me guste. No estoy dispuesto a que te ofrezcas en bandeja a Michel, un loco asesino. Yo pienso que...

Anna se estremeció, sin mirarle.

—Por Dios, no le llames «loco asesino».

—¿Pues qué es?

—No lo sé... ¡Dios santo!... No lo sé.

—De todos modos él no tiene la culpa —concedió George—. Realmente es penoso. No sé qué pensar.

Ella le apretó la mano con fuerza por encima de la mesa, como si se aferrara a una última esperanza.

—George... ¿De verdad quieres ayudarme?

—Ya sabes que sí. Haré cualquier cosa que tú me pidas.

—Deja que vuelva a mi casa.

—¿Quéé?

—Sí. Al chalé donde vivo con Michel.

—Eso es... un suicidio.

—No... No voy a entrar allí tranquilamente y sin tomar precauciones. Tú vigilarás.

—¿En qué sentido?

—Si Michel me ataca de algún modo, tú intervienes.

Él arqueó una ceja, moviendo la cabeza dubitativamente.

—Eso es distinto... En cierto modo podría ser una solución. ¿Pero qué tratas de decirle?

—Le expondré claramente la situación —murmuró Anna—. Debo ser leal con él. Le diré que lo sé todo. Y si no quiere someterse

a examen médico, le daré una oportunidad para que huya. No sé si me comprenderás, George, pero no quiero saber que ha ido a la guillotina...

—Te comprendo muy bien, Anna. Y eres admirable.

—¿Entonces me ayudarás?

—Cuenta conmigo.

Ella volvió a estrecharle de nuevo la mano con fuerza por encima de la mesa.

—Vamos —susurró—. Yo iré delante. Tú me sigues en tu coche.

George accedió. Depositó sobre la mesa el importe de las consumiciones y salieron los dos. El que antes había confundido a Anna con una taxi-girl les miró rencorosamente.

—Hala, ahí los tenéis —dijo rencorosamente—. A pasarlo de lo lindo...

No podía imaginar que era todo lo contrario. No podía imaginar que Anna era ya algo así como una hija de la muerte.

10

La casa estaba silenciosa. Con todas las luces apagadas. Envuelta en las sombras, tragada por ellas.

Anna detuvo el coche.

Desde que dejó a un lado la autopista había hecho sin faros todo el trayecto hasta la casa, un trayecto que resultaba muy conocido por ella. George, que la seguía a poca distancia, llevaba apagadas también las luces del coche.

Ella le hizo una seña a través de la ventanilla.

Él correspondió.

No hacía falta decir más. Estaban de acuerdo en que George intervendría a la menor señal de peligro.

La muchacha se acercó poco a poco a la casa, a través del jardín en sombras, y distinguió a lo lejos las luces de Orly. Los aviones aterrizaban y despegaban con una especie de lejano mugido. El tráfico era incesante durante toda la noche.

Entró.

Las sombras de la casa parecieron tragarla. Eran unas sombras entre las que respiraba, entre las que palpitaba la muerte. El rugido de los aviones hacía a veces vibrar los cristales. En esos momentos era imposible oír nada más que aquello, el ruuuung estremecedor de los reactores, algunos de los cuales pasaban por encima de la casa. Pero en otros momentos el silencio era total, estremecedor, casi angustiioso.

Entonces se oía todo, hasta el furtivo trabajo de la carcoma en el interior de los muebles. Y fue en uno de esos momentos cuando Anna oyó el leve teclear de la máquina. Era en una de las habitaciones de arriba, la habitación donde solía trabajar Michel.

Pero resultaba muy extraño. Ella, al llegar, no había visto luz en la ventana. A menos que él acabase de encender ahora...

Miró hacia atrás.

El vestíbulo estaba envuelto en sombras. Pero ella había dejado la puerta entornada, de modo que George pudiese entrar. Percibía en el ambiente su silenciosa presencia, y eso la hacía sentirse mucho más tranquila,

—¡Michel! —llamó— ¡Michel!...

El tecleo de la máquina cesó. Pero no le contestó nadie.

Ella ascendió poco a poco los peldaños que le faltaban, sintiendo que el corazón le hacía daño.

Abrió la puerta.

Todo a oscuras. La habitación envuelta en espesas, en angustiosas tinieblas. No obstante le parecía sentir en su nuca una respiración caliente, animal, viscosa. Lo debía tener detrás; lo debía tener detrás dispuesto a matarla.

Se volvió, ahogando un grito.

Pero nada.

Detrás de ella no tenía más que la pared desnuda, alumbrada muy difícilmente por la luz de las estrellas.

—¡Michel!

Tampoco respondió nadie.

Ella atravesó la habitación, tropezando casi con la máquina de escribir. Había, efectivamente, un papel puesto en el carro. Un par de papeles ya escritos cayeron al suelo.

La muchacha abrió otra puerta.

Era la que daba a un largo pasillo donde estaban las entradas de los dormitorios principales. Grandes ventanas enviaban hacia allí una luz incierta. Ala derecha, a través de los cristales, se veían brillar miles de estrellas, parpadeantes en el infinito. La muchacha anduvo poco a poco.

Oía el sonido quedo de sus propios pasos.

—Michel... Michel...

Y fue entonces cuando sintió la muerte.

Cuando aquella garra voló hacia su garganta mientras escuchaba a su espalda aquel gruñido de fiera.

Una especie de sexto sentido había protegido a Anna hasta aquel momento, y la siguió protegiendo aún. Oyó, como si sonara dentro de su propio cráneo, el gruñido a la derecha y se desplazó hacia la izquierda. Lo hizo con tal rapidez que la garra de afiladas uñas pasó junto a ella, casi rozándola, pero sin causarle el menor daño. Una

respiración caliente le saltó a la cara.

Anna no vio a nadie. La verdad fue que no tuvo valor para volverse, mientras su instinto le decía, al propio tiempo, que una sola décima de segundo que perdiese le iba a resultar fatal. Saltó ágilmente sobre sus largas y elásticas piernas, apartándose. El gruñido se repitió.

Pero ahora Anna ya estaba lejos.

Abrió una de las puertas.

Era su dormitorio, cuya cama aún estaba intacta. Desde allí, por unas escaleras, se descendía al jardín. Ella las usó precipitadamente.

Cuando llegó abajo, respiró ansiosamente porque los pulmones le quemaban.

Se sentía sobrecogida. Era como si mil agujas te pincharan en el fondo de los nervios.

Y entonces miró con ojos desencajados hacia la esquina de la casa.

Por allí se oían pasos.

Alguien se acercaba.

Anna comprendió que ya no iba a tener tiempo de huir.

Y lanzó un sordo gemido, mientras la sombra humana se abatía sobre ella brutalmente.

11

La mujer sintió un sordo choque y cayó al suelo.

La figura que acababa de lanzarse sobre ella cayó también. Anna se dio cuenta de que estaba totalmente indefensa. El asesino se hallaba materialmente sobre ella. No iba a poder huir.

El hombre se separó de repente.

Los ojos de Anna le miraron con asombro.

—¡André!

Porque, en efecto, era André el que estaba allí. Anna le miraba desorientada. No podía creerlo.

—Diablos, Anna... —dijo él—. ¡Menudo susto!

—¿Qué haces aquí?

—He tropezado contigo y...

—Eso ya lo he visto. Y has caído en una postura que no tiene nada de desagradable, vamos.

A pesar de su miedo, la muchacha iba recobrando el aplomo y el equilibrio moral. André había estado unos instantes prácticamente sobre ella. Pero ya se retiraba.

Él se pasó una mano por la frente.

—¡Uf! Por supuesto, tú debes pensar que esto requiere una explicación.

—La estoy esperando.

Y Anna se fijó en sus manos, que a pesar de la penumbra podía ver bien, porque las tenía muy cerca. Eran unas manos normales. Finas, elegantes. Ni rastro de una garra.

Pero Anna se sentía tan inquieta que pensó que André también podía encontrarse en el meollo de aquel inexplicable asunto. Quizá era el cómplice de Michel.

—Verás... Me pareció que los dos estabais un poco raros esta noche —comenzó diciendo André, mientras se incorporaba—. Al principio pensé que era un disgustillo sin importancia y me fui. Pero

en el bar de una estación de servicio encontré... Bueno, no sé si debo decírtelo.

—Puedes hablar con entera libertad. Es más, lo necesito.

—Tú sabes que a mí me gustan las chicas llenitas.

Y dirigió a las rotundas curvas de Anna una mirada que no estaba exenta de codicia.

Ella simuló no notarlo.

—Sigue.

—Bueno, pues encontré una chica llenita. Un bombón, créeme. No era una dama, por supuesto, sino que sabía de la vida más que yo. Por lo visto acababa de tener una discusión con el fulano que la llevaba en su coche y este la había dejado plantada allí.

—Bueno, ¿y qué?

—En fin... La invité a una copa y ligamos. Fuimos a un pequeño motel que hay cerca de la autopista. No sé cuánto tiempo estuvimos allí. Pero al salir e ir yo en busca de mi coche, casi me atropellaste. No sé si habrás llegado a darte cuenta, pero venías muy excitada. Y era inexplicable que a aquella hora regresases de París.

Anna se mordió el labio inferior. Todo aquello podía ser cierto. Al menos André no sabía dicho nada que no fuera lógico.

—¿Y por eso has venido? —musitó.

—Sí, por eso. Me he dado cuenta entonces de que lo que os ocurría a los dos era francamente grave. He venido aquí y... bueno, de entrada ya he tropezado contigo.

Ayudó a incorporarse a Anna, que aún, seguía sentada en el suelo, y murmuró:

—¿Dónde está Michel?

—No lo sé.

—¿Cómo que no?

—Hace poco escribía a máquina, pero luego ha debido irse a otro lugar de la casa. No he podido localizarla aún.

—Anna... ¿Qué os ocurre?

—Algo que debo resolver a solas con Michel.

—De acuerdo, ¿pero qué es? ¿Un disgusto matrimonial?

—Algo más grave.

—¿Otra mujer?

—No, no es eso. Al menos no lo creo.

—Supongo que podré ayudarte de algún modo.

Ella cerró un momento los ojos, mientras en el interior de su cerebro volvían a brillar otra vez los millones de lucecitas.

—Perdona, André, pero no puedo fiarme de nadie. No lo tomes a mal. Suceda lo que suceda, es algo que debo resolver yo misma. Déjame sola por unos momentos, aunque, si quieres, no te alejes de aquí.

—¿De verdad no necesitas que esté contigo?

—No. De veras no lo necesito.

André se pasó una mano por la cabeza, ordenándose un poco los cabellos que le caían sobre la frente.

—De acuerdo... Haré lo que tú digas.

—Gracias, André.

Ella dio media vuelta y subió de nuevo las escaleras. Tuvo miedo al dar la espalda a André. Porque André tenía las manos como las de cualquier hombre, pero... En el fondo de los ojos de Anna aún parecía moverse la sombra de la zarpa. Un escalofrío recorrió su columna vertebral. Empezó subiendo las escaleras poco a poco y al final corrió por ellas como una niña asustada.

Otra vez se enfrentó a la oscuridad de la casa.

Otra vez las sombras...

Anna contuvo la respiración. El miedo la dominaba, la aprisionaba, clavando sus pies en el suelo. Había sido una loca al entrar sola allí. O en todo caso debió haber aceptado la compañía de André. George solo no podría protegerla en aquella casa enorme, poblada de rincones, de puertas negras, de muebles viejos, de espesas sombras.

No, no estaría allí ni un momento más. Le diría a André que la acompañase.

Fue a salir.

Pero no pudo volverse porque algo la inmovilizó. Diez dedos que parecían de acero se clavaron en su espalda.

12

Anna sintió el frío de la muerte.

Ahora sí que ya no iba a poder huir.

Pero su inteligencia funcionó a pesar de todo en aquel terrible momento. Materialmente contó los dedos que tenía a su espalda. Ocho, nueve, diez... Todos eran normales. No se trataba de ninguna garra. Lo que tenía a su espalda era un hombre.

Se volvió poco a poco.

—Michel...

Michel estaba quieto junto a ella.

Anna tragó saliva penosamente, con un espasmo.

—Te... te he estado buscando, Michel.

—¿Por dónde andabas?

—He estado en París.

Y miró la expresión de Michel, que podía distinguirse con cierta claridad, a pesar de la penumbra. Era una expresión helada, quieta. Como la de una esfinge.

Podía ser la expresión de un asesino que mata sin darse cuenta, que mata tal vez por puro azar. Pero ella estaba en sus manos.

—Michel, ¿no me preguntas a qué he ido a París?

—No tengo ningún derecho a preguntarlo. Supongo que has tenido un motivo honesto. Es lo único que quiero que me garantices.

—Claro que sí. He tenido un motivo... muy honesto. Tan honesto como el de tratar de conservar la propia vida.

—¿Qué dices?

Él parecía asombrado. Anna dijo con un soplo de voz:

—Michel, será mejor que hablemos claramente de una vez. Los equívocos no nos llevarán a ninguna parte.

—De acuerdo, hablaremos claramente. ¿Dónde?

—Donde a ti te parezca bien.

—Vamos a mi habitación.

Su «habitación» era el sitio donde trabajaba y donde pasaba horas enteras sin que nadie le viese.

Anduvieron a oscuras por el corredor. Anna ya no tenía miedo. Le ocurría una cosa muy distinta: estaba desesperada. Y la desesperación es una especie de último estado del espíritu en el cual ya ni siquiera para el miedo queda lugar.

La oscuridad les envolvía. Michel empujó la puerta. Pero no encendió la luz.

Anna quiso romper aquel silencio macabro que los envolvía a los dos.

—Dame un cigarrillo, ¿quieres?

Los había tomado de encima de la pequeña mesita central.

—Lo que es por ti no haría falta pagar el recibo de la luz — musitó ella con un soplo de voz—. Ves estupendamente en la oscuridad.

Y en seguida quedó sobrecogida, recordando algo que le había dicho la adivina muerta:

«La señal de la muerte está en los astros, pero el peligro viene de alguien que ve en la oscuridad...»

Anna tenía un nudo en la garganta. Pero aun así logró decir con absoluta naturalidad:

—Por favor, enciende la luz.

Él lo hizo.

—¿Fuego?

—Gracias.

Le entregó el encendedor para que ella misma prendiese el cigarrillo. Era una descortesía, después de todo, pero Anna ya no iba a preocuparse por detalle más o menos. Lo que la acongojaba ahora era mucho más importante, mucho más terrible. Paseó sus ojos por la habitación.

Aquello era una especie de sanctasanctórum de Michel donde apenas penetraba nadie. Estaba horas y horas encerrado allí. Si la habitación tenía algún secreto, sólo él lo conocía. Pero, al menos en su aspecto externo, aquella pieza era de una vulgaridad total. Libros y libros por todas partes. Algunos apuntes. Viejos mapas de Francia, algunos de ellos tan antiguos que un coleccionista hubiera pagado bonitas sumas por poseerlos. Y un hilo de seda que cruzaba la

habitación de lado a lado y donde Michel ponía a secar las fotografías que revelaba por sí mismo en un pequeño laboratorio contiguo, y con las cuales pensaba ilustrar su libro. Michel era cuidadoso hasta en esos detalles.

Pero ahora ya no había fotos colgadas allí. Últimamente, Michel no revelaba.

Solo colgaba allí sus guantes, unos guantes colgados de dos pinzas por sus extremos superiores, de tal modo que lo único que tenía que hacer era meter los dedos en ellos y empujar para que se desprendiesen del hilo, quedando ceñidos sobre sus manos. Michel se ponía guantes para arreglar a veces el pequeño jardín. Desde que Anna le conoció, los había tenido siempre de ese modo. Quizá era una vieja costumbre de sus tiempos de boxeador, cuando solía encontrar los guantes colgados de las cuerdas del ring.

En todo caso aquella ya era una escena habitual para Anna. Paseó sus ojos maquinalmente por los libros, por los apuntes, por los mapas.

—¿No fumas tú, Michel?

—No, gracias, no tengo ganas.

—Fumas muy poco últimamente. Yo casi diría que nunca.

—Cuando era boxeador no fumaba nada. Luego adquirí un poco el vicio, pero no me cuesta dejarlo. Es mejor así.

Anna exhaló una lenta columnita de humo.

—Es mejor que hablemos claro, Michel —dijo, reuniendo todas sus fuerzas para no perder la serenidad—. Ante todo he de decirte una cosa que lo resume todo: eres el único hombre de mi vida. Yo te quiero.

Michel sonrió levemente. La miraba con fijeza. Pero luego desvió los ojos.

—Yo también te quiero a ti, Anna.

—Quizá esto te parezca una repetición de otras conversaciones anteriores, pero es necesario que lo digamos por última vez. Yo quiero que vivas, esa es mi obsesión. No quiero verte en la guillotina.

Michel frunció el ceño.

—Sigue.

—Quiero que te sometas a observación médica.

—¿Para qué?

—¿Y lo preguntas, Michel?

Ella había estado a punto de gritar. Pero en seguida se arrepintió. Era injusta. Muy posiblemente, Michel no recordaba sus crímenes una vez cometidos. Tenía que hablarle en cierta modo como si fuese un niño. No podía mostrarle con excesiva crudeza el monstruo que palpitaba dentro de él.

—Yo te acompañaré, Michel —dijo.

—¿Adónde?

—Al médico.

—Pero en definitiva, ¿para qué?

Ella se llevó las manos a la boca. Sentía unos terribles deseos de gritar. No sabía si Michel era un niño o un monstruo, si debía darle pena o asco.

Pero al fin musitó, recobrando la calma:

—Verás... Siempre habrá algún médico en el que tengas confianza.

—Pues... sí.

—Iremos a él.

Michel sonrió.

—De acuerdo, iremos mañana.

—No, Michel, tiene que ser ahora.

—Pero si es ya muy tarde...

—Puesto que el médico es amigo tuyo, no le molestará. Además ellos ya están acostumbrados. Se les llama a cualquier hora...

Michel entrecruzó los dedos. Tenía unas manos perfectas, bien dibujadas. A Anna le parecía increíble lo de la garra. Si no la hubiera sentido en su propia carne, como la presencia misma de la muerte, creería que era un mal sueño. Pero por desgracia no lo era.

—¿En qué médico tienes absoluta confianza? —musitó.

—En el doctor Calvert.

—¿No es el mismo al que ya ibas desde muy joven, cuando te dedicabas a boxear?

—Sí.

—De acuerdo, llámale.

—No sé si será oportuno...

—Por favor, hazlo...

Michel se dirigió al teléfono y discó el número lentamente y sin ganas. Estuvo unos instantes a la escucha.

Luego colgó.

—No hay nadie, no contestan.

—Pues no lo entiendo. A esta hora todo el mundo está en su casa.

—Le habrán llamado para alguna urgencia.

—Déjame probar a mí.

Él arqueó una ceja.

—¿Qué ocurre? ¿No te fías?

—A veces es simple cuestión de suerte. ¿Quieres dejarme el número que acabas de marcar?

Él se lo dio.

—No me mientas, Michel. Puedo comprobarlo en la guía.

—¿Por qué había de mentirte?

—Pues...

Pero Anna prefirió no continuar. ¿Qué iba a decirle? Marcó el número y a los pocos instantes le contestó una voz masculina.

—¿Quien...?

—¿Doctor Calvert?

—Sí. ¿Quién es?

—Perdone, pero le he llamado hace un momento y no contestaban.

—Aquí no ha llamado nadie. Precisamente tengo el teléfono a la cabecera de mi cama y aún estaba leyendo.

Anna apretó los labios y miró furtivamente a Michel, que estaba muy quieto y muy cerca. Otra vez sintió en su espalda el estremecimiento del miedo. ¿Hasta qué punto iba a engañarla él? Pero no pudo seguir pensando. La voz, al otro lado del hilo, apremiaba:

—¿Qué ocurre? ¡Diga lo que sea! ¿O es una broma?

Anna sabía que George andaba cerca y eso la hacía sentirse segura. Dijo con voz queda:

—Doctor, soy la esposa de Michel Mercier.

—Ah, Michel... ¡Diantre, esto ha sido como una comunicación de pensamiento! ¿Está él ahí?

Anna mintió:

—No.

No quería que Michel interviniese en nada.

—Bueno, de un modo u otro cerebro que me haya llamado... —

dijo el médico—. No sé si Michel le habrá dicho algo.

—No, no me ha dicho nada.

—¿Pero no lo ha notado?

Anna pensó en la garra. Sintió otra vez el frío del miedo. Pensó mil cosas que no hubiera querido pensar.

—Sí... Claro que lo he notado.

—De todos modos es mejor que hable personalmente con usted. ¿No ha tomado ninguna precaución?

—Ninguna.

—Entonces puede suceder algo horrible...

—Eso temo, doctor.

Anna se daba cuenta de que más de una persona sabía lo de Michel. Más de una persona sabía que era un loco peligroso. ¡Y ella se había dado cuenta tan horriblemente tarde...!

Balbució:

—¿Cuándo puedo verle, doctor? Usted sabe que la situación es muy grave. ¿Sería demasiado sacrificio pedirle que viniese ahora?

—Claro que no. Tratándose de ayudar a Michel, que no tiene la culpa de nada, yo lo haré. Indíqueme la dirección de su casa.

Anna se la dio lo más detalladamente que pudo. De todas formas se dio cuenta de que Calvert no acababa de entenderla bien.

—Hagamos una cosa —dijo el médico—. Me espera dentro de cuarenta minutos en el cruce de la autopista.

—De acuerdo, doctor, así lo haré.

—Oiga.

—¿Sí?

—Tenga mucho cuidado con Michel.

Ella no pudo contestar. Colgó pesadamente. Notaba en las sienes un dolor horrible.

—Michel...

—¿Qué, Anna?

—Ya has visto que resultaba tonto engañarme.

—Pero no te habrá dicho nada importante...

—¿Qué tenías miedo que me dijera?

Él se encogió de hombros.

—No sé... Cosas.

—No, no me ha dicho nada... aún. Pero va a venir.

Michel palideció. Aunque ya imaginaba aquello, la confirmación

de la noticia le produjo como un crispación involuntaria.

—De acuerdo... Ya que las cosas se han puesto así, mejor será que hables con él de una vez. ¿Le esperarás en el cruce de la autopista?

—Sí.

—Muy bien, muy bien... Pues haz lo que quieras. Yo voy a seguir trabajando.

—¿Es que no necesitas dormir?

—Al parecer tampoco necesitas dormir tú, Anna.

—Muy bien; quédate en la habitación si quieres.

Y se dirigió a la puerta, poniendo la mano en el pomo. Antes de abrir susurró:

—Michel, ¿cuál es el procedimiento ideal para hacer desaparecer un cadáver en un lugar como este?

—¿Por qué preguntas eso?

—No sé... Quizá sea una tontería. Pero, por favor, contéstame.

—Pues... Bueno, uno de los procedimientos sería enterrarlo.

—Pero siempre habría el peligro de que alguien hallase la tumba, inhumara el cadáver y lo identificase.

Michel rio quedamente.

—Antes se puede realizar una, llamemos, operación previa.

—¿Cuál?

—Introducir el cuerpo en una balsa de cal viva y dejar que quede reducido a los huesos. Nadie sería capaz de identificarlo más tarde.

Anna susurró:

—Sí, es cierto... No se me había ocurrido. E incluso luego puede partirse el esqueleto en pedazos y dispersarlos. Es sencillo.

—Demasiado —musitó Michel.

Ella abandonó un momento la puerta y se dirigió hacia la única ventana, la cual daba a una de las zonas laterales de la casa. Vio entonces allí algo que no había visto nunca. En otro tiempo aquello estuvo ocupado por una piscina pequeña, una piscina infantil donde ella jugaba. Luego, naturalmente, la piscina quedó vacía. Pero ahora estaba llena.

Llena de cal viva.

13

La muchacha encogió los hombros poco a poco mientras el ramalazo del miedo le llegaba hasta la garganta.

No sabía ya contra qué luchar. Había sido una loca al volver allí. Era como una condenada a muerte que, habiendo tenido ocasión de huir, vuelve solita al patíbulo.

Michel susurró:

—¿Qué pasa?

—Nada... Al fin y al cabo es algo que ya podía imaginar.

Y echó a correr hacia la puerta, apretando el pomo como si allí estuviera su tabla de salvación, Vio que la llave se encontraba en la cerradura. La llave... ¡Podía encerrar a Michel!

—Voy a esperar al doctor Calvert —dijo bruscamente—. Lo hemos acordado así.

Y cerró, haciendo girar la llave.

Una vez ya en el pasillo, se apoyó desmayadamente en la hoja de madera, respirando con angustia. Bueno, algo había conseguido después de todo Por el momento estaba libre. Descendió las escaleras, sintiendo que se había quitado un peso atroz de encima.

En el doctor Calvert se podría confiar, seguramente. No solo estaba enterado de lo de Michel, sino que además era su amigo. Entre los dos hallaban una solución.

Llegó al jardín. Las estrellas rielaban en lo alto. Los millones de lucecitas...

Distinguió a lo lejos las señales de un reactor que se disponía a aterrizar en Orly. El rugido de los motores vibró por un momento en el aire. Y varias de las puertas negras de la casa se abrieron y cerraron a impulsos de un misterioso viento.

Fue entonces cuando Anna sintió otra vez aquella vibración del miedo en su espalda.

¡Dios santo, qué estúpida había sido! ¡Como si no hubiera otras

puertas en el despacho de Michel! ¡Se podía salir por el laboratorio!...

Corrió agitadamente, sintiéndose perseguida, mientras buscaba ansiosamente, entre las tinieblas, a André o a George. Cualquiera de los dos podía protegerla.

¡Necesitaba hallarlos como fuese!

—George... —bisbiseó—. George...

Pero nadie le contestó. Solo el crujir de las ranas, el moverse furtivo de los insectos a lo largo de la noche.

De pronto Anna dobló el recodo de la casa. Se encontró en aquella zona que conocía tan bien y que había sido la alegría de su niñez durante los cortos veranos de París. El rincón en que estaban sus juegos infantiles y su piscina. Pero ahora se asomó a ella como si se asomara al borde de un negro pozo de horror.

Estaba llena de cal viva. Una altura de medio metro de cal viva, lechosa y brillante a la luz de la luna. Pero algo se movía también allí.

¡La mano de un hombre!

14

Anna sintió tanto horror que no pudo ni gritar. Sus pies estaban materialmente clavados en el suelo. Su corazón parecía haber dejado de latir y sentía en las sienes, en las articulaciones, el frío de la muerte.

La mano aún se movía.

Era la de un hombre que acababa de ser arrojado allí, seguramente después de golpearle para que no gritase. Ahora ya nada se podía hacer por él. Estaba en los espasmos de la agonía. ¡Se quemaba vivo del modo más horrible!

Anna tendió de todos modos las manos hacia allí. Fue a alcanzarlo.

Pero la piscina, terriblemente blanca, subía y bajaba. La náusea era atroz. La muchacha se dio cuenta de que perdía el sentido de las cosas, de que perdía el equilibrio.

¡Iba a caer ella también! Braceó en un difícil equilibrio, a punto de desplomarse, mientras en su garganta moría un grito que ni siquiera había llegado a nacer.

Un par de cosas quedaron horriblemente grabadas en sus ojos y en su memoria. Grabadas para siempre.

Los dedos que se movían cada vez con menos fuerza, bajo la luz espectral de la luna.

El anillo que había en uno de ellos.

El reloj.

¡El reloj de André!

La náusea subió otra vez hasta tal punto a la boca de la muchacha que esta se encogió. Era el fin. Era el único gesto que le faltaba para perder del todo el equilibrio. Y en aquel terrible momento..., ¡alguien actuó!

Anna braceaba inútilmente, moviendo la cabeza con desesperación, cuando distinguió aquel largo remo que salía de uno

de los ángulos de la casa. Era el viejo remo de una barca con la que antaño sus padres habían ido a dar paseos por el Sena. La muchacha ya lo había olvidado del todo hasta que ahora lo volvió a ver.

Surgía, efectivamente, de un lado de la casa.

La persona que lo movía estaba oculta. Anna no podía ver ni siquiera su sombra. Pero el remo llegaba hasta ella.

La empujaba.

¡La arrojaba hacia el fondo de la piscina, convertida en un lago de cal viva!

Anna recibió dos golpes con el remo. El primero lo resistió en un equilibrio casi imposible, pero con el segundo ya no pudo.

Cayó.

Y entonces todos sus músculos sufrieron una crispación que ya no esperaba. Todo su cuerpo se negó a morir. Una serie de fuerzas instintivas en las que no creía se desarrollaron bruscamente.

Hay quien está en contra de la minifalda; hay quien está a favor, como en todo. A partir de ese momento, pensó Anna como en un relampagueo, sería su partidaria más decidida.

Con la minifalda había tenido las piernas libres, y eso le permitió saltar. De ese salto asombroso que dio, no se dio cuenta ni ella misma. Todos sus músculos actuaron sin que interviniera su voluntad. Y de repente se encontró volando materialmente por encima del lago de cal, para caer de bruces al otro lado, sobre la hierba. Dio dos vueltas sobre sí misma.

Aún no podía creer que estuviera viva.

Miró hacia atrás y vio que la mano había dejado de moverse.

Estaba como petrificada en un último y terrible espasmo. La muchacha ya no vio el remo.

Solo vio que George aparecía corriendo por el lado completamente opuesto de la casa.

—¡Anna!

Sus facciones estaban demudadas. No podía ni hablar.

—George, por Dios... Sácame... de aquí.

Él la arrastró materialmente, sujetándola por las axilas, hasta llevarla lejos de la piscina. Luego se arrodilló junto a ella, respirando afanosamente.

—Anna... ¿Qué ha sucedido? No entiendo nada de todo esto. ¿Qué ha pasado ahí?

—Esa mano que aparece por el borde... es... la de André.

—¿Quién es André?

—Un amigo de Michel y mío.

George apenas conseguía hablar. Dijo, mientras sus labios temblaban:

—Es horrible...

—Yo estaba intentando sacarlo, aunque sabía que era inútil — musitó Anna—. Pero de pronto me empujaron también con un viejo remo. He estado a punto de morir como él.

George se llevó ambas manos a la cara.

—¿Cómo ha sido posible que le perdiera de vista? ¿Dónde estabas hablando con Michel?

—En la habitación donde él trabaja.

—Yo he oído ruido por el otro lado, y por eso he dado la vuelta a la casa.

—Debía ser el propio Michel, que saltaba por el laboratorio. Cuando quiere tiene una rapidez diabólica. Pero no puedo creer que haya hecho eso con André. Porque André era... su mejor amigo.

—Lamento tener que desengañarte una vez más, Anna.

—¿Qué tratas de decir?

—Creo que será mejor que me acompañes. Tengo la sospecha de que aún llegaremos a tiempo de verlo.

—¿El qué?

—Espera.

La tomó de una mano, ayudándola a incorporarse. Los dos caminaron en silencio sobre la hierba, bordeando la piscina, pero evitando mirarla. Llegaron hasta el borde de la casa. Era el borde donde había aparecido el remo. Y, en efecto aún pudieron verlo los dos. Pero a cierta distancia.

Y en las manos de Michel.

Michel caminaba con él pesadamente, hasta perderse por la otra esquina del edificio. Anna sintió una presión terrible en el pecho, como si le hubieran dado un golpe que la ahogara. Y las lágrimas asomaron a sus ojos. Un gemido escapó de su garganta. Nunca había llorado con tanto miedo y al mismo tiempo con tanta desesperación.

Mientras le acariciaba la cara bruscamente y en una mueca impulsiva, como si quisiera secar sus lágrimas, George musitó:

—Es terrible que hayas tenido que verlo con tus propios ojos, Anna, pero en estos casos es mejor convencerse de la verdad por nauseabunda que la verdad sea. Ahora supongo que ya no tendrás inconveniente en tomar una decisión.

—La he tomado.

—¿Cuál es?

—Vendrá un médico que es amigo de Michel, un tal doctor Calvert. Estoy convencida de que él ya sabe de qué se trata. Creo que le puede ayudar.

—¿De qué modo?

—Por ejemplo, convenciéndole para que se deje ingresar en una clínica mental.

—No le vencerás.

—¿Por qué?

—¿Dices que André era amigo suyo?

—Sí.

—¿Y no crees que seguramente intentó convencerle de lo mismo?

Ella sintió que se le contraía la garganta. Debía ser verdad.

Michel no querría ser recluido, y como todos los locos defendería salvajemente su libertad mientras le quedaran fuerzas. Ese era el premio obtenido por André al desear salvarle. Porque al mismo tiempo, Michel no era tonto, pues preparaba sus crímenes con la debida antelación. Allí estaba el ejemplo de la cal viva dispuesta de antemano, y además en grandes cantidades.

—Tendremos que hacer una cosa más sencilla —dijo George, pesarosamente.

—¿El qué?

—Matarlo.

Ella se llevó bruscamente las manos a la boca, conteniendo un espasmo.

—¡Por Dios...!

—Es demasiado peligroso. No podemos jugar con él —insistió el hombre.

—Ni siquiera vuelvas a mencionar esa posibilidad, George. No quiero que pase por nuestro pensamiento.

—Pues al menos deberíamos narcotizarle.

—¿De qué modo? ¿Crees que alguien puede acercarse a ponerle

una inyección, por ejemplo?

—No. En todo caso habría que utilizar una pistola con balas anestésicas.

—¿Y dónde la conseguimos?

—Yo tengo una, si no recuerdo mal. Un veterinario me la vendió por si alguna vez tenía que reducir a alguno de mis caballo o a alguno de mis perros. Ya sabes... A veces, si están heridos, son peligrosos. Las balas producen el mismo efecto que una inyección. No son dañinas y duermen a cualquiera durante casi una hora.

—De acuerdo, ve a buscar esa pistola.

—¿Y tú qué harás mientras tanto, Anna?

—Esperaré.

—¿Te das cuenta de que él puede volver?

—No me verá. Y además, aunque me viese, no conseguiría atraparme.

Él le dio un suave golpe en la mejilla.

—Eres una gran mujer, Anna. Espérame aquí... ¡y cuidado!

Desapareció sigilosamente.

Anna ya no sabía qué pensar. Estaba quieta, acurrucada y llena de terror como una niña que aún no comprende los misterios de la muerte. El tiempo pasaba lento, implacable. Quizá el doctor Calvert ya la estaba buscando en el desvío de la autopista.

Pero ella no podía moverse de allí.

¿Por qué tardaba tanto George?

¿Por qué no volvía?

Y de repente tuvo un terrible pensamiento.

¡Michel!

¡Quizá Michel le había visto! ¡Quizá le había seguido para matarle!

¡O tal vez mataría al doctor Calvert, puesto que sabía el sitio donde tenían que encontrarse!

Anna se puso en pie.

Hubiera echado a correr en todas direcciones a la vez. Cada susurro que le enviaba la noche le parecía un susurro de muerte.

¿Por qué recordaba aquello?

¿Por qué recordaba al perro que un día desapareció y luego ella vio gaseado en el zoo?

¿Por qué volvía a ella aquel recuerdo lleno de una amargura

densa? No lo supo, pero de repente algo rasgó el silencio y penetró como una cuchillada a través de las tinieblas.

Era el aullido, el aullido alucinante del perro.

Anna cayó de rodillas.

Lo oía llegar de todos los rincones a la vez, como si cien perros distintos aúllan en todos los ángulos de la noche.

Pero no fue eso sólo.

También hubo algo más. Aquellos pasos quedos, solemnes, que se acercaban a ella por la espalda, arañando la hierba.

15

Se volvió poco a poco.

Sus ojos extraviados contemplaban la noche, las estrellas, los millones de lucecitas que llenaban el firmamento.

Y la figura de Michel.

Michel estaba allí, quieto sobre la hierba, más alto que nunca, más espectral que nunca, con sus facciones impasibles, a muy poca distancia de la trágica piscina por la que aún asomaba la mano de un hombre.

Paseó sus ojos por ella. Y no se inmutó.

Michel nunca se inmutaba, ni siquiera ante lo más horrible.

Anna había contenido la respiración. Se llevó lentamente las manos a la cara y apretó los labios con todas sus fuerzas. Sentía unos deseos desesperados de gritar, de huir de allí. Pero no lo hizo.

Trató de repetirse una y otra vez que Michel era un monstruo. Y una y otra vez llegó la voz del viejo cariño que había sentido por él. Una y otra vez se dio cuenta de que las cosas que les unían eran aún más que las cosas que les separaban.

Casi sintió asco de sí misma, por seguir unida a aquel asesino, que al fin y al cabo quería acabar con ella. Pero se mantuvo quieta.

Ahora respiraba anhelosamente, como una bestezuela que teme ser atacada.

Michel susurró:

—¿Has oído el aullido del perro?

—Sí... Sí que lo he oído.

—Es el nuestro.

—Te equivocas, Michel —dijo ella—. No lo es. El nuestro fue capturado por los laceros municipales y gaseado, porque no llegó a tiempo de rescatarle. Ya no vive. Y sin embargo...

—Sin embargo, tú has pensado lo mismo, ¿verdad?

—Sí. Algunas veces lo he oído y lo he pensado, pero pienso que

estoy algo trastornada, ¿sabes? También veo en ocasiones, al cerrar y abrir los ojos de pronto, millones de lucecitas.

—Eso es fácil de remediar —dijo Michel lentamente—. No tiene tanta importancia.

Y volvió a dirigir sus ojos hacia la piscina de la que emergía la mano de André, patéticamente crispada.

No se inmutó.

Anna, que había tratado de llevarla conversación por derroteros normales, en espera de que volviese George, se dio cuenta de que ya no había solución. Era inútil que tratase de ganar tiempo. Las cosas estaban terriblemente claras entre los dos. Michel ni siquiera trataba de ocultarle sus crímenes.

—A veces me he preguntado —musitó él— lo que debe sentirse al morir.

—Quizá no se siente nada.

—¿Tú has pensado en tu muerte, Anna?

—Pues... sí, a veces he pensado en ello.

—Pero la idea no te gusta.

—No...

Ella seguía estando sobrecogida, con todos los nervios en tensión, a punto de lanzar un alarido.

Michel murmuró:

—Y sin embargo, deberíamos pensar más en la muerte. Es necesario. Nos preocuparlos por cosas superficiales, por cosas que van a decidir nuestro futuro, como si la vida fuese eterna, y de repente... ¡zas! De repente nos damos cuenta de que todo aquello era una broma. La vida entera era una broma, pese a ser lo único que teníamos. Y sin embargo, la muerte... Bien, no sé por qué te digo esto, al fin y al cabo. Tal vez para explicarte que deberíamos pensar más en ella.

Anna sintió que sus dedos se hundían en la tierra húmeda, que arañaban la hierba sin darse cuenta. Quizá aquella, en el fondo, era la explicación de todo.

Quizá Michel pensaba, en su mente enferma, que matar a la gente era un acto de piedad. Liberarla de la pesadumbre de la vida. Eso era todo.

Michel se acercó más.

Sus grandes manos, aquellas manos que se habían ganado la

vida golpeando, casi rozaron su cara. Anna tembló. Pero no podía moverse, como no puede moverse un pajarillo que está hipnotizado por una serpiente.

—Anna, he de decirte una cosa.

Ella se llevó las manos a la boca.

—Lo que has de hacer hazlo pronto, Michel —dijo por entre sus dedos crispados.

—Necesito que hablemos.

—¿De qué?...

—Hay algo que no te he dicho nunca.

Los dedos grandes y fuertes casi se enredaron entre los cabellos de Anna. Ella tembló.

—Ponte en pie —dijo Michel—. ¿Por qué estás sentada en la hierba?

—Es que... —Anna no supo qué decir—. Bueno, tienes razón, me pondré en pie.

Lo hizo, procurando no mirar hacia la piscina. Pero él la señaló.

—Tenemos que hacer más grande esa piscina —dijo—. Es una lástima que aún sea solo para niños. En el próximo verano, si la ampliamos, nos podríamos bañar tú y yo. El verano, al fin y al cabo, no está tan lejos.

Anna sintió que castañeteaban sus dientes. Estaba llena de miedo, pero también de indignación, quizá de asco.

—¿Cómo puedes ser tan cínico, Michel? ¿Por qué no hacer de una vez lo que piensas? ¿Por qué no me arrojas a ella?

Las manos masculinas la apretaron. La apretaron con terrible fuerza.

—No debes tomarlo a mal —dijo suavemente—. Era una conversación amistosa... Ven... Te llevaré allí. Me gustaría que te metieras en esa piscina de nuevo. Me gustaría recordar cómo jugabas en ella cuando eras una niña.

Y casi la arrastró. Anna sintió el frío de la muerte en los huesos, en el alma. Y también una inmensa pena. Porque Michel no llegaba a darse cuenta de que hacía un daño. Porque para Michel la muerte era quizá un acto piadoso. Estuvo a punto de dejarse arrastrar, pero su instinto de conservación actuó por ella. De pronto se revolvió sin que su voluntad interviniera en ello. Anna misma se asombró de que pudiera tener tanta fuerza.

Saltó hacia atrás. Sus ojos llameaban. Y de su garganta escapó un grito, pero ella misma no se dio cuenta de que aquel grito no partía de sus labios, de que no llegaba a lanzarlo. Tenía los puños terriblemente apretados contra su boca.

De pronto dio media vuelta y echó a correr. Pasó cerca del borde de la piscina y se dirigió hacia el ángulo de la casa.

Allí estuvo a punto de tropezar con alguien. Lanzó un gemido. Pero unos brazos la acogieron cariñosamente, casi al tiempo que una mano le daba un cachecito en la mejilla.

—Anna...

Ella hundió la cabeza en el pecho de George.

—Dios mío, George, no puedo más...

—Sí... Por eso he venido corriendo hasta aquí. Ya me he dado cuenta de que estaba a punto de suceder algo terrible. Pero te has librado muy a tiempo, Anna.

—Es necesario... hacer algo. Él no se da cuenta de que mata. Es un pobre loco...

—Un pobre loco que, sin embargo, no tiene inconveniente en enseñarte a sus víctimas, como en una exhibición trágica.

—Por eso mismo. Porque no se da cuenta. Porque en realidad no sabe lo que hace.

—De acuerdo... No trataré de discutirte eso, Anna. Hemos llegado a una conclusión, de modo que actuaremos.

—Bien...

Hablaban en un susurro, de modo que Michel, situado al fin y al cabo a poca distancia, no pudiera oírles. También permanecían ocultos a sus posibles miradas porque les cubría el ángulo de la casa.

George bisbiseó:

—¿Algún rastro del doctor Calvert?

—No.

—Pero supongo que no estará lejos...

—Posiblemente esté en el cruce de la autopista. Encontrará el camino tarde o temprano.

—Eso nos será de gran ayuda. En cuanto llegue, hemos de tenerlo todo preparado. Michel ha de estar anestesiado para llevarlo a París. Toma la pistola.

Y se la puso en las manos. Era una pistola distinta de las otras.

Tenía un cañón muy ancho y una boca de fuego muy grande. Las balas también debían ser enormes. En el cargador, al parecer, había colocado cuatro de ellas.

—Estas balas anestésicas no le producirán ningún daño —indicó George—. Solo sentirá un leve pinchazo parecido al de una inyección. Pero procura tirarle a un sitio que no sea vital. Por ejemplo, no le dispaes a la cara, a la cabeza ni al corazón. Tírale a una pierna o a una cadera. Ya es suficiente.

—¿No le haré daño?

—¿Qué daño quieres hacer a un hombre cuando le tiras a una pierna? Y, además, la bala no penetra apenas. ¿Quieres verla?

Extrajo el cargador y le mostró una de ellas. Eran de plástico casi inflexible. Muy suaves. Resultaba imposible que pudieran causar daños importantes. No eran capaces ni de perforar un hueso.

—De acuerdo —musitó Anna—, pero... ¿pero por qué no lo haces tú?

George rio quedamente, pero también con tristeza.

—Se ve que le quieres mucho aún, Anna. Hasta eso tienes miedo de hacer.

—Es que...

—Lo haría yo, pero es imposible —dijo George—. No podré acercarme a él sin que sospeche, o al menos le extrañe. Date cuenta de la hora que es. En cambio tú no tienes problema. Puedes dispararle mientras esté de espaldas. Una vez le haya alcanzado la bala ya no habrá problemas. Los efectos anestésicos tardan apenas cinco segundos.

—De acuerdo... Cuenta con ello.

—Una vez esté sin conocimiento, iremos en busca de Calvert en el caso de que no haya llegado aún. Él nos dirá en qué centro podemos internarle. Seguramente lo tiene ya pensado.

Anna apretó la culata con fuerza. Allí estaba la posible salvación para Michel. Después de todo no existía otro camino. Y no resultaba tan difícil. Apuntar por la espalda a un punto que no fuese vital. Apretar el gatillo en silencio... Anna apretó los labios con una mueca de decisión, mientras avanzaba poco a poco hacia la casa.

16

Michel había entrado ya.

Como siempre, no se oían más que los mil ruidos furtivos de las paredes y los muebles viejos. Toda la casa respiraba, palpitaba.

Anna subió las escaleras poco a poco, sintiendo crujir los peldaños bajo sus pies. Todo estaba a oscuras. Nada, ni un resquicio de luz. Como si la muerte acechase.

Al fin entró en el despacho de Michel, sintiendo que sus nervios vibraban con el crujido de la puerta.

Él estaba allí. Distinguió su sombra a la luz incierta de la luna. No había encendido la lámpara. Se hallaba sentado ante la máquina. Pero no escribía.

Musitó con voz tranquila:

—Anna...

—Hola, Michel. ¿Por qué no enciendes la luz?

—Tienes razón. Perdona. Es que acababa de llegar.

Movió la mano, pulsó el conmutador y una claridad concentrada se hizo en la estancia. Anna se arrepintió inmediatamente de haberle pedido aquello. Puso con un rápido gesto las manos la espalda, para ocultar la pistola. En la penumbra todo hubiera ido mejor. Pero, en fin ya estaba hecho.

Michel sonrió.

—Me temo que antes te he asustado, Anna.

—No tiene importancia.

—Estás algo nerviosa, ¿verdad?

Ella preguntó con voz ácida:

—¿Te parece que no he de estarlo?

—Lo comprendo... De todos modos necesito hablarte.

—Hazlo.

—Verás... Quizá debí decirte esto estando más tranquilos los dos. Ciertas cosas necesitan un «clima». Pero es necesario que

hablemos sin más tardanza porque habrás notado algunos detalles.

—Sí, Michel, he notado... algunos «detalles».

—Quizá pensarás que ha sido falta de confianza.

Ella se estremeció. ¿Cómo podía hablarle con tanto cinismo, con tanta indiferencia? Pero trató de situarse en su lugar, en su mente enferma.

—Si esto ha de causarte dolor, no hables —dijo.

—Claro que me causa dolor... Pero quiero ser sincero contigo.

—Te lo agradezco.

Ella pensó que estaba perdiendo el tiempo. No se sentía segura. Y además cada minuto contaba...

—Hazlo —dijo—. Sé sincero conmigo. Te lo agradezco de verdad. Pero antes dame un cigarrillo.

El paquete estaba junto a la ventana. Para recogerlo, Michel tenía que volverse de espaldas. Ese sería el momento de Anna, el mejor momento que podría soñar. Y él lo hizo.

Se volvió.

Anna alzó la mano poco a poco. Notó que temblaba horriblemente. Se la sujetó con la otra.

Pero ni aun así...

Nunca había imaginado que tendría que disparar contra Michel, ni aunque fuera una bala anestésica.

Pensó desesperadamente: ¡No vaciles! ¡Ahora! ¡Ahora! ¡Ahora!...

Y apretó el gatillo.

Pero su derecha seguía temblando de tal modo que la bala solo rozó a Michel. Se produjo un sordo estampido. Y el proyectil se estrelló contra la pared.

Inmediatamente se desintegró, como se hubiera desintegrado bajo la piel de Michel.

Y aparecieron unas volutas de gas.

Anna se llevó las manos a la boca, dejando caer el arma, mientras un ramalazo de horror la recorría.

Demasiado tarde lo comprendió.

Aquello no era gas anestésico. Aquello era... ¡gas venenoso!

¡Había estado a punto de matar a Michel!

Él se volvió. Pero lo hizo sin prisa, sin miedo.

No debía haberse dado cuenta de nada.

—¿Qué ha sido eso, Anna? ¿Con qué has disparado?

Y clavó sus ojos en ella.

Pero por primera vez Anna se fijó en esos ojos, Se fijó de una manera distinta.

No con la indiferencia de la costumbre. No con la tranquilidad del que piensa que hay cosas que no suceden.

Porque ahora Anna lo descubrió.

Ahora Anna se dio cuenta de la terrible, de la espantosa, de la casi increíble verdad.

Michel no la veía, o por lo menos no la había visto en los últimos tiempos.

Michel... ¡estaba ciego!

17

Los pensamientos se atropellaron en el cerebro de Anna. Se atropellaron con tal fuerza, en tan angustioso tropel, que por unos momentos la muchacha estuvo a punto de perder el sentido.

Pero se mantuvo en pie. Lo veía todo como una película macabra. Recordó la vez que Michel había confundido el azúcar con la sal.

No había visto el cadáver de la mujer en el lavadero del sótano. No había visto los guantes que se ponía, y en los que le bastaba remeter los dedos al estar colgados. No se había dado cuenta de que uno de ellos tenía la forma de una garra. Maquinalmente, se los puso y se los quitó un par de veces. Como lo hacía de un brusco tirón, ni los rozaba apenas. De todos modos, se hubiera dado cuenta más adelante de una serie de anomalías, pero en un par de veces no había sucedido nada.

Los pensamientos seguían atropellándose, confusos y terribles, en la mente de Anna.

Por tanto, Michel no daba importancia a tener encendida o apagada la luz. Por eso a veces Anna había tenido la sensación de que él escribía a máquina a oscuras. Michel podía hacerlo porque conocía exactamente la situación de las teclas.

Por eso no se movía de la casa, que conocía al dedillo y a ciegas. Por eso había dejado de conducir.

Por eso no había visto tampoco la cal en la pequeña piscina. Ni la mano muerta de André sobresaliendo por entre ella.

¡No había visto nada!

¡Y no había hecho nada!

Pero, entonces...

Los pensamientos de Anna se detuvieron aquí.

Una especie de náusea le llenó la boca.

Si lo que ella pensaba era cierto, eso significaba que...

—Tenía que decírtelo —musitó Michel—, pero no me atrevía. Me daba angustia causarte ese dolor. Sufro desprendimiento de retinas tardío, a consecuencia de una lesión sufrida en mi último combate. Me están tratando y pronto recuperaré la visión normal, tras una sencilla operación. Calvert lo sabe. Él quería avisarte.

Anna se estaba ahogando.

Ahora comprendía muchas cosas, muchos contrasentidos.

Ahora lo comprendía todo.

Y la pregunta volvía a ella como una obsesión, como una pesadilla.

¿Pero, entonces...?

Y la voz a su espalda disipó sus dudas. George había recogido la pistola.

La apuntaba con una fina sonrisa en sus estrechos labios.

—Siento que hayas fallado, Anna, porque me hubiera gustado que lo matases tú. Mi venganza completa, rotunda, era esa. Que tú misma lo matases... Os odio con toda mi alma porque Michel te arrebató de mis brazos y porque tú le preferiste a él. Quiero vuestra destrucción, vuestro dolor y, al fin, vuestra muerte. No me bastaba con mataros... Antes teníais que palpar vuestra propia destrucción... Y eso es lo que he estado haciendo. Basándome en el hecho de ser el único vecino y de conocer la casa muy bien, he podido preparar detalles que de otro modo me hubieran resultado imposibles. Las víctimas que he causado hasta ahora no me importaban, porque cada una de ellas alimentaba el odio que tú ibas sintiendo hacia Michel, el odio que al fin armaría tu mano para matarle. Y porque al mismo tiempo te hacía sentir a ti los suplicios del infierno... Solo una víctima era necesaria para defenderme: madame Denise. Madame Denise y yo éramos amigos íntimos ¿comprendes? Muy íntimos. Ella me orientó en muchos aspectos del «tratamiento» que había de darte, aunque nunca le revelé mi plan del todo. También ella contribuía a desorientarte y a hundir tu moral, pero al fin se dio cuenta de que aquello era demasiado serio y quiso hablarte. Yo no podía consentirlo. La maté... También te di un motivo material para que sospecharas de Michel: el supuesto dinero de tus padres. Llamaste al despacho del notario Condorcet, en efecto, pero a aquella hora no había allí más que un amigo mío, el portero de noche, que te contó una bonita historia a cambio de

un puñado de francos. Y antes te he causado otros dolores, Anna. Todo el daño que he podido... Como en el caso de tu perro. El que tú viste gaseado no lo era, aunque lo parecía. Los perros de la misma raza, una vez muertos, se parecen mucho. Pero a tu amado pastor alemán lo tengo yo. Con él sí que usé una bala anestésica antes de pincharle los ojos para que quedara ciego. Ciego como su amo... Además, así no le serviría de guía ni de defensa. Necesitaba teneros a los dos desesperadamente solos... Claro que ese perro odia mi olor, odia mi voz, pero no tiene ocasión de atacarme. Está en una jaula. Y a veces lo oyes aullar. Es un aullido verdadero, no viene de tu imaginación. Pero eso ha ayudado a darte la sensación de que te volverías loca...

Y apuntó cuidadosamente a Anna para matarla primero. Michel estaba indefenso. Vendría después. No podría evitar nada. Luego tomaría todo el aspecto de una espantosa cadena de crímenes cometido por un matrimonio loco que al fin resolvió llegar al suicidio.

Anna sentía en la boca la misma bola espesa de asco, de náusea, de muerte. Todo lo que pudo decir fue:

—¡Cerdo cobarde!

Y miró cara a cara a la muerte. Vio cómo el índice de George se cerraba sobre el gatillo. Pero no llegó a apretarlo del todo.

En aquel momento ocurrió lo que nadie esperaba, y menos George. En aquel momento, aquella forma maciza, casi negra, poderosa, saltó a espaldas del asesino, atraída por su olor. Los dientes del pastor alemán se clavaron en el cuello de George, destrozándole la nuca. El asesino cayó de bruces, indefenso, mientras lanzaba un aullido de muerte.

El perro clavó dos salvajes dentelladas más.

George hubiera podido defenderse caso de tenerlo de frente, pero lo tenía a su espalda. Su nuca quedó materialmente partida. Y él quedó espantosamente quieto...

Anna, apoyada en la pared, lo veía todo como alucinada, sin atreverse a hacer un gesto, sin atreverse a gritar. Vio cómo el perro llegaba hasta ella, atraído por el olor de su dueña. Y se tendía mansamente a sus pies.

Dos lágrimas corrieron por las mejillas de la muchacha, cuya mano se movía. Le acarició suavemente la piel ruda, fuerte, que

había amado tanto. Y miró hacia la puerta.

Había oído pasos en ella.

Y era verdad. En el umbral estaba el doctor Calvert, quien por fin había encontrado la casa.

El doctor Calvert hizo un gesto suave, mientras murmuraba:

—He oído las últimas palabras mientras subía la escalera, y he presenciado de lejos el ataque del perro. Creo que mi llegada no ha podido ser más oportuna. Necesitarán un buen testigo...

Anna dijo que sí, maquinalmente, con la cabeza. Dijo que lo necesitarían. Pero ya no pensaba en eso. Sólo pensaba en esas dos cosas tan entrañables y tan sencillas que son un hombre al que se ama y un perro que sabe permanecer fiel.

Se acercó a la ventana y miró hacia el espacio infinito.

Allí estaban, haciéndole guiños, los millones de estrellas inescrutables y misteriosas, los millones de lucecitas.

Pero esta noche le parecían... ¡tan distintas!